

Año VI.—Tomo VI.

Madrid, 15 Febrero 1904.

Núm. 136.

# La Revista

# Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE  
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

## SUMARIO

De la Enseñanza, Soledad Gustavo. El arte dramático en España, Angel Cunillera.—La Ganancia, Anselmo Lorenzo.—El castillo maldito (continuación), Federico Urales.—Literatura Internacional, Luciano Maupin.—Los indígenas de Nueva Caledonia, C. Malato.—Crónica científica, Tarrida del Mármol.—Los rayos de Blondlot ó rayos N., Enrique de Varigny.—La Confesión de Don Juan, Bernard Lazare.

## ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID



# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-N.º 136

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 de Febrero de 1904

## DE LA ENSEÑANZA <sup>(1)</sup>

Señores ateneístas: Catorce años de ejercer el profesorado creo son suficientes para concederme beligerancia y permitirme que intervenga en la discusión que se sostiene con motivo de la Memoria del Sr. Gay sobre *La Enseñanza en España*.

No tomo la palabra para hablarles de lo que fué la España de los godos, ó de los árabes, ó de la reconquista; distintamente del poeta, creo que ningún tiempo pasado fué mejor.

Moros ó cristianos me importa poco el proceder de los sabios, ni de los dómynes de las Universidades ó escuelas de antaño; en cambio importame muchísimo todo cuanto se refiere al presente, y quizá más que al presente, cuanto se refiere al porvenir.

Ante todo, debo manifestar que he observado como fenómeno curioso digno de tenerse en cuenta, el caso raro que se da aquí de que mientras los llamados liberales no quieren la libertad de enseñanza, los que éstos llaman reaccionarios abogan por que esa libertad sea un hecho.

¿Por qué los llamados liberales impugnan la libertad de enseñanza, precisamente la más necesaria de las libertades, y los ortodoxos la defienden á macha martillo, ellos, que aceptaron casi, y muchos sin casi, como dogma de fe «el que el liberalismo es pecado?» Porque llamarse liberal no quiere decir que se lo sea, y esto que ser liberal no es una cosa del otro mundo, puesto que lo es todo el que sea contrario del estado servil, y los señores liberales que han hablado aquí pidiendo en nombre de la libertad, *el no ha lugar* á la libertad de enseñanza, demuestran con sus propios hechos que sólo son liberales de nombre. En cuanto á los católicos, la defienden porque en su interés está el defenderla, ya que el mero hecho de que los *liberales* no la quieran, como están en campo opuesto, es señal que á ellos les conviene.

Yo, señores, que soy fiel á mis principios de libertad y que tengo fe en esos propios principios, porque ellos son la esencia del progreso de los pueblos, y han de constituir mañana el bienestar de las humanidades que nos procederán, afirmo y sostengo que la libertad no puede ni debe ser restringida en ninguno de los órdenes de la vida, si queremos que el pueblo, á quien siempre se le invoca, pero siempre se le engaña, sea una entidad que piense por sí y ante sí, y se vea libre de la tutela de la Iglesia y el Estado, verdaderos y únicos responsables de su incapacidad moral é intelectual.

Hegel ha dicho que «el perfeccionamiento de la humanidad está en la ampliación de la libertad humana». Cuanto se desarrolla á nuestro alrededor y fuera de él, confirma lo dicho por el gran pensador alemán. A mayor libertad, corresponde siempre más aptitud

(1) Trabajo leído por su autora en las discusiones que actualmente se sostienen en el Ateneo de Madrid sobre el problema de la enseñanza.

des y energías desarrolladas, más progreso, más cultura popular. Luego cuanto mayor libertad se dé al hombre para desenvolverse, más perfeccionado estará, y, por consecuencia, sabrá aprovecharse mejor del legado que la Humanidad tiene en depósito para favorecer a los que estén bien dispuestos para recibirlo.

Dirán ustedes que si van en contra de la libertad de enseñanza es porque dado el modo de ser del cerebro humano atiborrado de quimeras y de fantasmas, las congregaciones religiosas se apoderarían de la enseñanza y nos retrotraerían a las prácticas de la Edad Media.

¿Creen los liberales que si los ortodoxos estuvieran seguros de que el corazón del pueblo fuese suyo abogarían por la libertad de enseñanza? ¿Creen los liberales que si los que llaman reaccionarios contaran con la fuerza que se les atribuye, se molestarían en abrir la boca siquiera para pronunciar la palabra libertad?

Mucho me parece, señores, que los únicos que tenemos fe en las ideas que sustentamos y que poseemos la fuerza que les falta a todos ustedes, somos nosotros; nosotros que si constituimos en este Ateneo una insignificante minoría, en el mundo del pensamiento somos la fuerza sostenedora de los grandes principios y de las grandes causas.

Fervientes convencidos de que sólo la libertad es la que puede dar al pueblo su capacidad íntegra para desenvolverse en el progreso y en la civilización, abogamos por que esa libertad sea un hecho, ya que ella es para la humanidad, que sufre y espera brille el sol fecundizador, la tierra de promisión en la que todos los seres tengan garantizado el derecho a la vida y al goce de esta vida en todas sus manifestaciones.

Pero si nosotros abogamos en favor de la libertad de enseñanza, no es para que podamos enseñar en las escuelas nuestras ideas ácratas, como los ortodoxos pretenden que se enseñe su religión; nosotros la queremos, sencillamente, porque queremos la libertad en todo y para todo, y porque tenemos confianza en nosotros, en nuestras ideas y en la misma libertad, que la consideramos superior a cuantas teologías y sistemas filosófico-religiosos puedan concebirse.



Por otra parte, la enseñanza mixtificada que hasta el presente se da en las escuelas, poco favorece la causa de los que pretenden mezclar la religión con la ciencia. ¿De qué le sirve al maestro ir con el libro de las preocupaciones, si viene luego la ciencia con su piqueta demoleedora y las destruye? ¿Qué saca con que diga burdamente al niño que el rayo es un castigo de Dios, si la ciencia le explicará con todos sus detalles que el rayo es un efecto natural? ¿De qué sirve que se le enseñe que el arco iris es una señal de alianza entre Dios y los hombres dada a Noé al terminar el diluvio universal, si la ciencia le dirá que es un fenómeno puramente natural producido millares de veces por la Naturaleza antes y después del diluvio? ¿Qué gana con explicarle que por la noche en las fosas de los cementerios se ven unas luces muy tenues, que al menor soplo del aire se mueven y cuyas luces son almas de los que yacen en aquella mansión del silencio, si la ciencia al darle a conocer los fuegos fatuos le explicará que el gas fosfórico que se desprende de los huesos de los cadáveres se inflama al ponerse en contacto con el aire produciendo esas chispas luminosas? ¿De qué servirá que se cuente al niño que Moisés con la vara que Dios había hecho milagrosamente salir agua de una peña dura, si la ciencia le dará a conocer los tubos comunicantes y le enseñará que en la ley de la presión de los líquidos se observa que tienen la propiedad de elevarse siempre a un mismo nivel y que muy bien podemos por medio de un pozo artesiano, sin intervención sobrenatural, hacer brotar agua viva de una peña dura?

Antes, pues, que negar la libertad con pretexto de que la reacción se apoderaría de las conciencias humanas educando á la infancia, es preferible mil veces hacer la labor de Penélope; deshacer nosotros, cada cual en su hogar, por la noche, lo que el maestro haya hecho por la mañana. La libertad es antes que todo, porque con ella vendrá la anulación de cuanto se oponga á la marcha del progreso de los pueblos.

Afortunadamente para la civilización no necesitamos pactar con la Iglesia, ni siquiera con el Estado fórmula alguna para que nuestros hijos reciban la educación que más nos plazca. La iniciativa individual ó colectiva que tan buenas obras sugiere á los que en realidad quieren que sus hijos se instruyan en la verdad, ha producido y puede producir mañana con más voluntad y más amor á los ideales bienhechores instituciones libres donde el niño reciba una educación sana y se ilustre para ser luego un factor útil á la humanidad.



Habría saboreado con verdadera delicia las manifestaciones anticlericales que se han hecho en el curso de esta discusión, si no supiera de antemano que son sólo un lenguaje florido que sale de los labios, pero que no está en el cerebro ni en la intención. Aquí hay muchos que van contra los frailes y los jesuitas y hasta los curas; pero el que más y el que menos de estos señores lleva sus hijos, si los tiene, ó los llevará cuando los tenga, á colegios regentados por caballeros que se visten como las damas, por la cabeza. Yo no digo nada contra los curas ni contra los frailes, pero prescindo de sus servicios.

Es preciso acabar con los dioses y con las leyendas divinas, porque mientras nuestra mente se nutra de mentiras teológicas, no alcanzaremos la verdad moral, la más bella de las verdades.

Y digo esto, porque en la sesión del jueves pasado hizo el efecto de una herejía entre ateos la interrupción hecha por un ateneísta, de que actualmente hay hombres más perfectos que Jesús.

Y es que el cristianismo oprime aún las inteligencias que se consideran más emancipadas de atavismos y más independientes.

Somos evolucionistas, y si Jesús era hombre, algunos hombres de hoy han de ser necesariamente más justos que Jesús, porque nuestra sociedad es más perfecta que aquella. Jesús pudo ser moralmente más perfecto, ya que de su saber nada sabemos, que el común de la gente de hoy, pero no que los hombres superiores de nuestro tiempo, porque de entonces acá hay de por medio diez y nueve siglos de progreso, evolución y selección.

Si Jesús no fué más que un ideal, por la misma razón de que los hombres de hoy son mejores que los antepasados, lo son también sus ideales. La grandeza del cristianismo es negativa, comparada con la grandeza del socialismo en sus diferentes manifestaciones. La caridad no es más que el reconocimiento de una injusticia, de la injusticia que entraña la pobreza, y más grande que socorrer á los menesterosos, es evitar que los haya.

Y si Jesús fué un dios, un dios fué también Saturno, y Saturno nada representa en las mentalidades religiosas de nuestro tiempo, no ya en las ateas. Jesús, pues, como hombre y como ideal es inferior á ciertos hombres y á ciertos ideales presentes. Y en calidad de dios, es falso como todos los dioses.



Creo yo que el atraso de nuestro pueblo es debido, más que á otras causas, á la organización de la sociedad que la Iglesia y el Estado de consuno apoyan y en la que se reconoce como un hecho inevitable el que haya pobres y ricos. De ahí los millones de analfabetos, que lo son por no haber podido concurrir á ninguna escuela, y que resultan ser

las víctimas del presente estado social en el que se vincula la enseñanza como se vincula la propiedad. Hay quienes, aun en nuestras sociedades cristianas que se propaga la igualdad, tienen derecho á todo, mientras á otros todo se les niega.

Nos preocupamos de la enseñanza que se da ó se puede dar en los colegios, y olvidamos que hay una infinidad de seres que les faltan los medios para poder concurrir á ellos.

Se ha hablado aquí de la enseñanza obligatoria y gratuita, sin pensar que muchas criaturas apenas balbucean y ya han de atender á su subsistencia. Esta sola cuestión entraña una reforma social, que seguramente los mismos que la han planteado no se atreverían á sostenerla con firmeza al presentarles el pro y el contra de tal proposición. Bueno es el pan de la inteligencia, buena es la nutrición cerebral, pero es mucho mejor el alimento material. Hombre, niño ó pueblo que no come, no estudia, no puede estudiar. Antes, pues, hemos de procurar que coma.

También se ha hablado aquí de la moral, cuando ella no puede servir de norma de conducta á nadie, ya que es tan convencional que varía con el tiempo, con los pueblos, con los sistemas, con los temperamentos. Lo que es moral en un sitio es inmoral en otro, y viceversa. Esto demuestra que no podemos dejarnos llevar por los efectismos de los que con conceptos ambiguos piensan arreglar todas las cosas.

\* \* \*

La enseñanza, para cumplir su misión, debe abrazar en su seno la idea de la libertad y la tolerancia, del amor á la humanidad entera, sin distinción de razas ni de religiones: todos somos hermanos en naturaleza, todos debemos ser educados é instruidos en la escuela de la fraternidad.

Todas las religiones han creado siempre odios de raza, han cooperado á la obra de destrucción que durante muchos siglos domina á la humanidad haciendo que el hombre desprecie al hombre por sólo una creencia que cada cual considera cierta á su manera, y enseñándole á sentir un amor tan limitado que no pasa de las fronteras de lo que llama su nación, ni de los muros de lo que llama su pueblo. La religión, pues, no puede formar parte de ningún programa de enseñanza que pretenda ser liberal de verdad. Pero, por lo mismo, tampoco puede formarla la Historia, si no se reforma completamente.

La Historia que se estudia en la actualidad inmortaliza la guerra y la matanza. El héroe, el que gana todos los laureles, es el que sale victorioso, sea ó no justa la victoria. En ella, en vez de aprenderse á ser morales y justos se aprende á ser sanguinarios é injustos. En vez de aprender el niño á reconocer que las buenas acciones de los hombres son las que producen la estimación por recompensa, aprende á admirar la destreza en el manejo de las armas, la heroicidad en las batallas, la sangrienta barbarie de la matanza.

Y el objetivo primordial de la enseñanza debe ser preparar seres, hacerlos experimentados é instruidos para que después de estudiar la bondad de las acciones de los hombres, la verdad ó mayor certeza de las ideas, sigan una senda con buenos fines y con pleno conocimiento de causa.

De hombres experimentados, de hombres que piensen es muy difícil hacer mesnadas de esclavos, hacer rebaños de creyentes.

El día que se logre que de las escuelas no salgan niños candorosos que creen por rutina, ni niños de índole traviesa, porque traviesos y malos les ha enseñado á ser la educación que recibieron, sino hombres buenos, conscientes y generosos, con conciencia perfectamente libre desde la niñez, aquel día quedará demostrado que la enseñanza cumple con los fines que persigue.

Mientras en las escuelas se enseñen tantas cosas perfectamente inútiles cuando no

malsanas; mientras se prefieran para enseñar los locales cerrados y antihigiénicos, descuidando la salud y la higiene, no nos curaremos de los atavismos de un pasado lleno de errores. Han de desterrarse de ellas los vicios de origen que traen á cuestas desde las celebres Universidades de la Edad Media que alguno tanto ha ensalzado aquí; Universidades en las que todo su saber se condensaba en apartarse cada vez más de la civilización clásica que representaba la vida, para pregonar los nuevos dogmas de los Padres de la Iglesia, y para convertir el vigor, la fuerza, la inteligencia en un misticismo estático, que de seres de la tierra los reducía á momias para el cielo.

La enseñanza que respete todas las creencias, que en ella lo mismo quepa el racionalista que el ateo, el materialista que el espiritualista; la enseñanza en la que no se acongoje á la conciencia con vanos fantasmas, con absurdos indemostrables, con filosofías que es incapaz de comprender la inteligencia de un niño; la enseñanza cuya moral sea la justicia puesta en práctica y cuya esencia sea la ciencia pura sin mixtificaciones, esa enseñanza, désele el nombre que se quiera, ha de ser la que levante á las generaciones futuras de la decadencia á que la condujeron las generaciones pasadas, sobre todo si en su método se tiene en cuenta que no hay nada que despeje tanto la inteligencia y que la prepare mejor para la asimilación y la creación artística y científica que la labor del oxígeno en la purificación de la sangre.

Campo, baños de sol, aire, horizontes infinitos donde se aprenda á admirar á la Naturaleza, á respirar con ambos pulmones, á sentir la poesía, á concebir ideales de amor universal.

Sólo haciendo al hombre sano y fuerte se acabarán los misticismos y las alucinaciones.

La Grecia y la Roma cayeron cuando el decadentismo se apoderó de ellas absorbiendo la savia poderosa de su vitalidad.

No dejemos que aquél invada las esferas de la enseñanza, ni que la anemia física y cerebral se apodere de la generación que nace. La Naturaleza tiene sobrados medios para combatir los gérmenes morbosos si sabemos comprenderla, sin importarnos si las leyes naturales están ó no en armonía con las leyes sociales.

Llenos de salud y vida, la libertad y la ciencia serán los verdaderos mentores de la humanidad, porque la salud y la vida están hoy día reñidos con las ideas religiosas que representan la neurosis social.

Con todo, no olvidemos que la libertad de conciencia y el libre examen serán siempre mentiras convencionales, mientras el hombre no sea libre, no ya políticamente sino económicamente, mientras haya algo que lo sujete á otro hombre. — *He dicho.*

*Soledad Gustavo.*

---

## El arte dramático en España.

**AGUA QUE CORRE**, drama en tres actos escrito en prosa por Angel Guimerá y estrenado en el teatro Español el día 2 del actual.

¿Es cierto, como ha dicho un gran psicólogo, que los artistas dotan á sus creaciones de las impurezas de la vida práctica y de las grandezas de que las almas poéticas hubieran sido capaces en un medio social apropiado?

¿Hay en los espíritus artísticos gérmenes de dormida belleza que les permita adivinar y crear genialidades que están fuera de la realidad de la vida?

Sea de ello lo que fuere, y descendiendo un poco de la altura en que nos colocan las dos preguntas anteriores, un hecho, que podrá ó no tener relación con el alma del artista, se presenta de un modo indudable en todo problema de estética psicológica, y es el siguiente: hay autores dramáticos que crean personajes tontos, otros los conciben extraordinariamente heroicos y algunos los presentan exentos de ideas y de actos nobles. ¿Quiere decir este hecho que los autores que producen seres tontos, heroicos ó mezquinos estén dotados de un alma tonta, heroica ó pequeña? Los psicólogos andan divididos en tal cuestión. Unos, los positivistas, están por la afirmativa; pero para los espiritualistas, la tontería, la heroicidad y la pequeñez de alma es una adivinación, una figura imaginativa; no un reflejo de la psicología que crea.

Mas decidme que un autor es avaro, tonto, hipócrita, grosero, ruin, mal hombre ó que tiene un vicio contrario á natura, y os diré en redondo que no se trata de un gran artista, aunque escriba obras aplaudidas. ¿Por qué? ¡Ah!, porque sólo los hombres geniales, equilibrados, fuertemente machos, generosos, nobles, buenos, con bondad y nobleza gigantes, pueden ser artistas.

Los autores avaros, los autores tontos, los autores que, como hombres, dejen algo que desear, comerán y vestirán de lo que ganen escribiendo, pero no harán más que comer y vestir de lo que ganen con su pluma. ¿Queréis pruebas? Leed la vida, no de los autores dramáticos que han vivido del teatro desde que el teatro existe, sino de los que, muertos años ha, nos envían desde sus tumbas nombres inmortales.

Los autores tontos, malos, avaros, pequeños de alma, que no viven con la mujer el amor más puro y grande ni con el hombre la amistad más noble y leal, no escriben nada imperecedero, y porque no lo escriben, si es fácil que ocupen las columnas de la prensa, difícil es que tengan una página en la historia del arte, en la historia del arte que han de leer todos los tiempos y todos los hombres; porque no es lo mismo ser autor que ser artista.

El autor de *Agua que corre* es de los que sobre la pequeñez y mezquindad de los hombres fundan su obra artística, como otros la fundan sobre la heroicidad y algunos sobre la nobleza.

En *Agua que corre* no habría drama si Manuel y Amelia, sus dos figuras principales, no fueran así de cortos alcances como de menguados sentimientos. Vamos á demostrarlo.

La acción en Cataluña entre una familia burguesa aficionada á las excursiones al campo. Amelia está casada con Ramón; á Ramón, asuntos comerciales lo llevaron á Cuba hace un año y aún no ha regresado. Entretanto, Amelia se enamora de Manuel y cuando el amor de Amelia y Manuel está á punto de unir sus cuerpos y sus labios, regresa de Cuba Ramón, esto es, el esposo de Amelia/

Aquí concluye el primer acto.

La llegada de Ramón pone en grave aprieto el amor que por Manuel siente Amelia. ¿Cómo continuar aquellas relaciones sin inspirar sospechas? Una idea de Manuel salva la dificultad. Amelia tiene una hermana, Anita, y Manuel se casará con Anita; así, los dos, cuñados y amantes al mismo tiempo, podrán hablar cuanto les dé la gana, sin que de ello nadie se extrañe; y al levantarse el telón del segundo acto nos encontramos con que Amelia y Manuel son, además de amantes, cuñados. Las primeras escenas de dicho acto sirven para que nos enteremos de que Anita está encinta. Al saberlo Amelia se pone furiosa, desesperada. Sorpréndese Anita del efecto que su embarazo causa en Amelia, y se lo cuenta á Manuel, su esposo; se lo cuenta también á Ramón, el marido de Amelia.

y, puesta á contar, cuenta, con simpleza impropia de su edad y de su mundo, como demostraremos después, lo que Amelia le dijo un día cuando las dos hermanas hablaron por vez primera del afecto que Manuel *parecía* sentir por Anita: «Mira, Anita, borra esa idea de tu cerebro; Manuel quiere, con amor entrañable, á una señora de Barcelona.» Dice, además Anita á Manuel, y lo que es peor, á Ramón, el marido de Amelia, que ésta se opuso tenazmente á su unión con Manuel.

Estas palabras de Anita, otras que Ramón conocía y la desesperación que se apodera de Amelia al enterarse del embarazo de su hermana, abren los ojos al marido, que los tenía entreabiertos, y se produce la catástrofe.

Ramón echa en cara á Amelia su desliz con Manuel; lo niega éste, y Ramón exige á Manuel que, para dar crédito á sus negativas, jure por la vida del hijo que Anita lleva en sus entrañas que no es el querido de Amelia; se resiste Manuel á pronunciar tal juramento, y Ramón abandona á Amelia, después de atropellarla, diciendo: «¡Qué asco, qué asco!»

Aquí termina el acto segundo.

Al levantarse el telón del tercero nos encontramos con que Anita lo sabe todo; es decir, sabe que su esposo es el amante de Amelia; lo sabe porque se lo ha contado una de sus amigas, una de esas amigas que, junto con otras mujeres y hombres, componían el personal de las excursiones á las fuentes y montes vecinos.

No es para contada la pena de Anita, que aborta á consecuencia del disgusto y á consecuencia del aborto llega á las puertas de la muerte; tan mal la ve Manuel que telegrafía á Amelia para que se ponga en camino si quería ver morir á su hermana. Se presenta Amelia; son las once de la noche; en la casa no hay más que Manuel; las criadas se han acostado al retirarse la última visita. Juntos y velando á la enferma, reverdece el amor de los dos enfermeros y, en momentos de abrazos y besos, aparece Anita que, ante aquel cuadro, muere como herida por un rayo.

Y se concluyó el drama.



Antes de hacer un análisis psicológico del mismo, es preciso consignar que durante la obra se han producido los siguientes hechos:

Manuel amenaza á Amelia porque ésta se niega á huir con él al enterarse de que Ramón regresaba de Cuba.

Manuel dice varias veces que sólo quiere á Anita por el hijo que lleva en sus entrañas.

Cuando Anita ha abortado y la pobre se halla entre la vida y la muerte, Manuel le cuenta á un amigo que no siente cariño por Anita desde que ésta ha perdido su embarazo.

Cuando Amelia y Manuel salen al balcón, al final del drama, mutuamente se preguntan si lloran por el peligro que de morir corre Anita, y ambos contestan que no, demostrando y teniendo en ello placer, que lo que menos importaba á la hermana y al marido es la vida de la pobre enferma.

La pequeñez de alma de *Agua que corre* queda bien demostrada con lo cosignado. ¿Qué hombres son esos que amenazan á sus amantes? Hombres serán, seguramente, pero no de los capaces de sentir grandes amores.

Guimerá pretende que Manuel sea un amador. Por Amelia se coloca á dos dedos del crimen. No es difícil que el amor coloque al hombre á dos dedos del crimen; lo difícil cuando se trata de amores serios, de hombres eminentemente pasionales y de cierta ins-

trucción, es que el crimen sea en perjuicio del objeto amado. Manuel amenaza de muerte á Amelia; Manuel, pues, es ruin; y si Manuel no fuese ruin, no se hubiese podido escribir *Agua que corre*.

••

Recordemos que el amor de Manuel y Amelia no ha pasado del terreno platónico; tengamos ese amor por no satisfecho, porque Guimerá así nos lo cuenta de modo harto indeterminado, aunque sea incomprensible que una mujer casada y un hombre soltero, que se tratan de tú cuando tienen por costumbre tratar de usted á todo el mundo, que se amenazan y riñen porque llega el esposo, y que se escriben, en presencia de varias personas, una esquila de amor que él echa al suelo al despedirse, alimenten en su pecho un amor platónico. Pero bien; Guimerá quiere que sea así, contra todos los preceptos sociales y naturales, y así hemos de admitirlo.

Pues si el amor que Amelia siente por Manuel no ha pasado del terreno platónico, ¿por qué Manuel no jura por la vida del hijo que Anita lleva en sus entrañas, que Amelia no ha sido infiel á su esposo; hasta que no le amó Amelia?

Guimerá contestaría, seguramente, si Guimerá leyera esta crítica, que no jura porque Amelia y Manuel se aman, y Manuel no quiere mentir á nombre de un hijo próximo á nacer.

Mas la contestación que diera Guimerá sería inadecuada; no podría admitirse ni aun siendo Manuel un ser extraordinariamente noble; porque si fuese Manuel un ser extraordinariamente noble, antes que su egoísmo de padre, antes que su amor de padre, está el amor de amante, ese amor de amante que salva siempre que puede, aunque sea á costa de lo más sagrado para el hombre, la honra y la desgracia de la mujer querida. Mas aquí la falsedad tampoco existía. Amelia no había entregado su cuerpo á Manuel; éste podía, pues, jurar por la vida de un hijo en formación, que Amelia no había faltado á su esposo. Así libraba de un gran dolor y de una gran vergüenza á la pobre mujer que había cometido el delito de amarle.

¿Pero es que las condiciones morales de Manuel se oponían á que jurase en falso? De ningún modo; antes eran favorables á la falsedad. Quien jura y promete amor á una niña que no le inspira afecto amoroso alguno, sólo para tener ocasión de hablar con la mujer querida; quien no repara en hacer desgraciada á una criatura sólo por egoísmo, por satisfacer sus amores con otra mujer, bien puede jurar en falso; su rebajamiento moral, en este caso, hubiera sido menor que en el otro. Un hombre no hubiera negado el amor que sentía por Amelia; un hombre hubiera dicho al marido de Amelia: «Pues bien, sí; la quiero con toda mi alma»; mas tampoco hubiera consentido en unirse con un ser á quien no amaba; tampoco hubiera cometido la villanía de marchitar para siempre la dicha de una criatura cándida é inofensiva; un hombre honrado, noble, valiente, evita toda clase de pesares á la querida, y hubiera, por consiguiente, evitado la escena dramática del segundo acto; y sin aquella escena no había *Agua que corre*. Por eso hemos dicho antes que las obras de Guimerá se basan en la pequeñez de las almas.

Las pequeñeces, sin embargo, no han concluído aún.

••

Admitamos el amor tal cual es, y si hay dos ó varias clases de amor, admitamos el más bello, cuando de una obra de arte se trata.

Caracterízase al amor por su lealtad y su nobleza. Ningun amante que merezca tal nombre deja de sacrificar su dicha en bien de la, del ser querido. Esto, en amor, es un axioma; en estética, lo bello.

Amelia es la hermana de Anita, es además la amante platónica del marido de Anita; Amelia no ha tenido hijos; Amelia no ha gozado con Manuel de las dulzuras del amor. En este estado psicológico, fisiológico y social, ¿puede recibir con odio la noticia de que Anita está en cinta? No; como amante de Manuel, por la felicidad de su amante; como hermana de Anita, por la felicidad de su hermana; como mujer, como amante y como hermana porque aquel hijo, que el amante va á tener con la hermana, podría ser su propio hijo, podría serlo por poco que el autor pensara alto. La vida está llena de esos ejemplos. Sólo en un caso merecería ser admitido el enojo de Amelia: en el de que hubiese gozado del amante. En ese caso, la dignidad de la hembra se hubiera visto rebajada ante la prueba indudable de que no servía para madre. Más aun en este caso, el amor que sentía por Manuel, el placer de ver feliz á Manuel, su ser amado, habla de imponerse al despecho de su impotencia. Así es el amor, y si no fuese así ó si ello fuese sólo una clase de amor, esa clase de amor sería el bello y el estético.

•••

*Agua que corre* es de una pequeñez de alma impropia de artistas. Anita, al fin y al cabo, resulta una víctima del amor que sienten Manuel y Amelia. Pues bien; cuando Anita se halla postrada en cama y á las puertas de la muerte, sus verdugos dicen, en la sala contigua á la que yace la enferma, que no sienten compasión por la pobre Anita. Ello es atrozmente cruel y nunca será bello. ¿Cómo pueden reunir condiciones para quererse Manuel y Amelia si no sienten compasión ni cariño por aquella pobre víctima de sus amores?

Aquí se contradice un principio ético; se contradice el más rudimentario principio moral que puede concebir el artista. Propio es del amor la exuberancia de sus grandes sentimientos, el intenso y variado matiz de cariños que lo informan, y es una ley psicológica casi general y matemática que quien no ama á los demás, que quien no se compadece del dolor y de la desgracia ajena, cuando la desgracia ajena pesa sobre un ser que ha vivido con nosotros, que ha crecido y se ha educado con nosotros, que tiene de común con nosotros la amistad que engendra el parentesco, y más que el parentesco, el trato continuo, la confesión fraternal del roce, no puede sentir fuertes y sanos amores sexuales. Amelia y Manuel al no sentir el dolor de Anita, su víctima, al no olvidarse de su amor por la pena de la hermana y de la esposa, se declaran incapaces para quererse.

\*••

Contribuye á preparar la escena dramática del final del segundo acto, además de la pequeñez de alma de Manuel, la inocencia casi simple de Anita, que comete una barbaridad de indiscreciones. En la vida pueden darse casos de inocencia y de ingenuidad tales como los presentados por Guimerá en *Agua que corre* y aún mayores; nosotros conocemos uno. Pero para darse tal clase de ingenuidad y de inocencia natural y pura, es necesario que la joven que ha de encarnarlo crezca y se forme en otro ambiente del que respira Anita; es necesario que viva poco ó nada en sociedad, que no salga de casa sin ir acompañada de sus padres y que esos padres reúnan ciertas condiciones de vida primitiva; es necesario, sobre todo, que no tenga amigas. ¿Se ha educado Anita en ese ambiente de virginidad social? No; Anita forma parte de excursiones al campo que componen hombres y mujeres, y á las que asiste acompañada de su hermana casada y del querido de su hermana, y esa hermana se cuidará más de tener á su lado y á solas al amante que de vigilar á la hermana; Anita, además, tiene amigas, y una de ellas pasa, con razón, por indiscreta y entremetida. En estas condiciones, la inocencia y la ingenuidad extremada de Anita son falsas y ridículas.

Pero si fuesen reales, si Anita se hubiese criado en un ambiente de virginidad social, pura de corazón y de cuerpo, pura de mentalidad, inocente y cándida como la paloma, ó como la candidez y la inocencia misma, que no comprendiese el mal ni la hipocresía, ¡ah!, en este caso el crimen que con ella cometen Manuel y Amelia es aún mucho mayor, porque una niña así sería más grande, más elevado, más hermosamente ideal que todas las felicidades y que todos los amores, y sólo debería pensarse en ella para hacerla inmensamente feliz. El que la manchara, el que la hiciera juguete de sus amores con otra mujer, el que al besarla no guardase para ella la esencia más pura del amor, merecería el desprecio de toda concepción artística y la condenación moral de los hombres.

\* \*

Si á decir fuéramos cuanto nos ocurre contra el arte, ó lo que sea, de *Agua que corre*, no acabaríamos nunca.

Contrario á la estética y al amor es permitir que una mujer sea atropellada en presencia de su amante sin que éste proteste airadamente, y el amante que lo viera indiferente había de perder para siempre el cariño de la mujer, pues nunca ésta elige cobardes para satisfacer sus amores.

\* \*

En la estética externa no hallaremos menos defectos. La construcción del drama, sobre todo en el tercer acto, es desastrosa. Habla la criada hasta que el autor la echa de la escena para dejarla libre á otro personaje, de quien se vale Guimerá para contarnos historias retrospectivas; después vuelve la criada y nos dice que le han puesto mal las sillas.

El autor lleva á sus personajes atados entre sí y unidos á Guimerá para harcerles concurrir como autómatas al fin que él se propone. A través de lo que dicen los que intervienen en *Agua que corre*, vese siempre la tiranía mental de su autor, de cuya influencia nunca se emancipan. Parece que Guimerá se halla entre bastidores guiándoles é induciéndoles á que pregunten y contesten de determinada manera.

Es arte dramático, y además estética, dejar libres á los personajes para que se produzcan en la vida como tengan por conveniente ó como se conducirían en la vida si fuesen de carne y hueso. El artista ha de saber producir emoción bella de esa libertad y de esa naturalidad. De otra suerte, el arte dramático se reduciría á recortar figuras de cartón y pegarlas en la escena cual si de fanticos se tratase.

\* \*

Explicar qué representación obtuvo *Agua que corre*, sería repetir lo dicho en otras ocasiones. No se puede pedir más. María Guerrero fué la vida misma en un momento que pudo substraerse á la influencia mental de Guimerá; se produjo ese momento, cuando olvidándose Amelia (María), de que su marido ha descubierto el amor que siente por Manuel, olvidándose de que en adelante será para el mundo una mujer adúltera y de que acaba de ser atropellada por su marido, olvidándose de todo para contemplar sólo al amante que se niega á mentir su amor; dice riendo francamente, sin miedo á las penas que les esperan, «me quiere, me quiere, me quiere». ¡Qué grande fué aquélla en labios de María!

A gran altura estuvieron Fernando Díaz de Mendoza en el desempeño de su castrado personaje, castrado de mentalidad, de sentimiento y valor, y Palanca en su corto, pero definido y bien cortado papel.

La señorita Colorado estuvo como no podía esperarse de ella, dada su juventud y la poca importancia de los papeles que hasta ahora había desempeñado; los demás cumplieron como buenos.

*Angel Cunillera.*

# LA GANANCIA

## CONSIDERACIONES GENERALES SEGÚN EL CRITERIO LIBERTARIO

Conferencia leída en la Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona el 16 de Enero de 1904.

### I

#### COMPAÑEROS:

Hace muchos años, cuando aun no se hablaba en España de la Internacional y apenas se tenía otras nociones de socialismo que las propagadas por republicanos como Abdón Terradas, Sixto Cámara, Guisasaola, Garrido, Pi y Margall y otros, pertenecí por algún tiempo á la dependencia mercantil. Mi tío, fabricante y mercader á la vez, me sacó de la imprenta suspendiendo mi aprendizaje, y me llevó al despacho de su almacén; sus negocios eran al por mayor, de modo que sus clientes eran comerciantes, y no tenía que luchar con el público del menudeo, sino con gentes que compraban para revender, lo que, para la situación del dependiente, no sé si era una ventaja ó un inconveniente.

Aquella temporada fué para mí como una especie de curso de negaciones revolucionarias: conocí el egoísmo burgués, se me hizo repulsivo cuanto le sirve de apoyo, le fomenta y excita su ambición, que muchos autores califican de antropofagia, porque si bien es verdad que no come directamente carne humana, come sudor de pobre y ganancia de rico, sudor y sangre de segunda mano, que no otra cosa representan esas monedas con que negocia, que atesora y de que vive. No tardé mucho en volver á la imprenta. La riqueza burguesa, el demonio de la ganancia, fracasó en su tentación, no me sedujo: lo impidió mi repugnancia á la antropofagia ganancial.

Por eso cuando nuestros economistas y nuestros políticos que quieren alcanzar patente de entendidos en asuntos sociales hablan del comercio y de su poderoso influjo en la civilización, yo miro debajo y detrás de la decoración que alumbran aquellas luces de bengala, y veo el comerciante que alambica el céntimo convirtiéndose en parásito del productor y del consumidor, elaborando una ganancia que no puede atenerse al valor del servicio que presta, tanto porque ese valor es desconocido, como porque su móvil es la codicia, degenerando al uno y al otro, casi siempre en sisa y en fraude, y con frecuencia llega á la estafa y al envenenamiento por falsificación ó mixtificación de los géneros, según el artículo en que se comercie ó el ansia ganancial del comerciante.

La teoría del comercio ó del cambio de productos considerada en abstracto y superficialmente, es hermosa y buena, representa la parte positiva y material de la solidaridad y de la fraternidad humanas. Castelar, aquel gran artista de la palabra, lo definió así: «La Tierra tiene aptitudes diversas; los climas dan diferentes productos; pero merced al gran Hércules moderno, merced al comercio, en esos barcos que ora parecen grandes aves marinas, ora dejan la blanca estela en las aguas y la espesa nube de humo en los aires, reúne todos los productos: la piel que el ruso arranca á los animales perdidos en sus desierto, de hielo y la hoja de tabaco que crece al sol ardiente de los trópicos; el hierro forjado en Siberia y los polvos de oro que el negro de Africa recoge en las arenas de sus ríos; las manufacturas fabricadas en Inglaterra y los productos traídos del seno de la India, empapados en los calores del iris por aquellas sociedades primeras, primeros testigos de la

historia; el dátil de que se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmas de la vieja Asia y los brillantes y las piedras preciosas que entraña el virgen seno de la joven América; el zumo grato de las viñas que festonan las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez, que lleva disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte.»

Hermoso cuadro, sí; pero esos productos de los diferentes climas y aptitudes de la Tierra, reunidos y distribuidos de la manera tan brillantemente expuesta por aquel maestro de la elocuencia, están sometidos al régimen tiránico de la ganancia, y por consiguiente, no se dan, sino que se cambian por dinero, y el dinero, que se ha convenido en considerar como signo de cambio, representación de un trabajo realizado para adquirir los productos necesarios á nuestra subsistencia, no está en manos de los productores, sino en poder de negociantes usurpadores, generalmente holgazanes, ó que si trabajan, no es para el bien común, sino para el bien individual, contrario muchas veces, por no decir siempre, al general, lo que transforma la belleza de la mutualidad del cambio en los horrores y en las infamias del agio. Ni puede ser de otro modo, porque, reducido constantemente el trabajo á condición servil, los trabajadores, esclavos, siervos ó jornaleros, en todos los tiempos no recibieron, en cambio de su trabajo, que es la producción de lo superfluo y lo necesario en que viven y se encenagan los poderosos, más que la sopa ó el salario de la vileza, que es lo estrictamente necesario para desarrollar fuerza física para seguir produciendo.

Y es de notar una particularidad: el comercio, ya lo habéis oído, y también lo sabían todos antes que el gran orador citado hubiera compuesto en un párrafo grandilocuente el simbolo comercial de la comunión de todas las razas; el comercio lleva al Sur los productos del Norte, al Este los del Oeste y viceversa en justa reciprocidad, valiéndose de todos los medios de comunicación inventados hasta el día, sin que las distancias, ni las diferencias de raza, de religión, de régimen político, de idioma ni de costumbres sean el menor obstáculo para que los comerciantes se entienda y se llen como si fueran hombres de buena fe y conciudadanos; pero el agio, que es la forma positiva actual del comercio, reduce al productor de los géneros que el comerciante, por otro nombre agiotista y usurero, expende ó en que negocia y de quien es vecino, á la estrechez del jornal, con lo que si el infeliz productor jornalero puede á duras penas ir estirando su miserable vida, queda sin instrucción, sin higiene, sin alegría y sin dignidad; y si la producción es tanta que supere al desaguadero del mercado, en tanto que el cliente del hemisferio opuesto, que puede ser un hereje y un enemigo patriótico, nada en la abundancia, el productor, que místicamente es un hermano y políticamente un conciudadano con quien se comparte la soberanía nacional, sufre un compás de espera sin jornal y con miseria, por la absurda razón de que los almacenes rebosan de mercancías de todas clases.

Acerca de este punto dice un anarquista inglés: [todo individuo, trabajando socialmente, produce más de lo necesario para mantenerse vivo y en buen estado. Desde que las tribus guerreras esclavizaron á sus enemigos vencidos, en vez de matarlos y comérseles; es decir, comiéndoselos en salsa de esclavitud por la apropiación del trabajo que elaboraban, la excedencia de la producción ha ido en aumento. En la actualidad, esa antropofagia convertida en ganancia, ha aumentado la producción hasta llegar á la crisis de la superproducción. Y se pregunta: ¿qué se hará con el superproducto del trabajo que se pudre ó se apollilla por falta de comprador? La respuesta categórica no se dará hasta que el productor necesitado no se persuade bien de que para comprar muchas cosas el derecho amanece y la voluntad decidida tienen más valor que la moneda.

## II

Compréndese que horrorice el canibalismo por triste, por imperiosa necesidad, por instinto de conservación, en el salvaje que habita en regiones áridas é infecundas ó en el refugio horriblemente desprovisto del náufrago, donde quiera que el sentimiento de la vida se rebela contra la inminencia avasalladora de la muerte; lo incomprensible es que los trabajadores de la civilización moderna agonicen por la privación, caigan en la fosa á un término medio de edad menor de la mitad que los privilegiados, y que después de la horrible mortalidad en que sucumben en prisiones y asilos benéficos, haya aún motivo para avergonzar al mundo con la estadística oficial de los muertos por inanición en ciudades riquísimas, como Londres, por ejemplo, donde el mal es mayor porque la ganancia obra en proporción muy superior.

Y para que no se diga que tan tremendas afirmaciones son producto de exageración sectaria, que siempre lo tristemente verdadero pareció exageración fanática al pancista escéptico y estacionario, extracto á continuación varios datos pertinentes á mi tema, sacados de las obras del insigne Kropotkine, algo anticuados ya, pero por lo mismo más dignos de crédito, por nadie desmentidos, aunque negados alguna vez por periodistas escépticos de profesión, pesimistas de oficio, *esquiroles* permanentes, como pagados por la burguesía para servir de testigos falsos contra el ideal redentor de los trabajadores.

Sumando la población de las naciones de Europa y la de los Estados Unidos hace quince años, descontando algunos países que por su atraso carecen de estadística, resultaba un total de unos 408 millones de habitantes.

La producción total de substancias alimenticias de esas poblaciones, compuesta de pan de trigo y otros cereales, legumbres, frutas, carnes, leche, huevos, caza y pesca, etc., se elevaba á 439.000 millones de kilogramos y 12.000 millones de litros de vino; de modo que á cada individuo correspondía 1.075 kilogramos de alimentos y 30 litros de vino.

Según los últimos experimentos científicos, el hombre adulto y en perfecta salud debe consumir 474 kilogramos anuales de substancias nutritivas, y si la Tierra da 1.075 kilogramos para cada uno, que es mucho más del doble, y descontando lo que consumen de menos niños, ancianos y enfermos, puede evaluarse al triple, resulta un excedente de substancias alimenticias de 245.000 millones de kilogramos, mientras en Rusia y en la India el hambre hace unos estragos superiores a los que causaba la peste en la Edad Media, y en los grandes emporios de la civilización sucumben los trabajadores de la anemia producida por la explotación, en tanto que por la fastuosidad de la soberbia, por la ambición usuraria de los acaparadores y la falta de medios de comunicación existente aún en ciertas regiones, se desperdician incalculables cantidades de alimentos, convirtiendo en dolor y muerte lo que debiera ser vida, alegría, ciencia, arte y felicidad.

Más aún: la agricultura, aunque rudimentaria y anticientífica, da triple de lo que la humanidad necesita para su consumo, y la industria progresa de modo asombroso, ocurriendo que las manufacturas de Europa y de los Estados Unidos daban hace algunos años un producto anual de 94.000 millones de pesetas, mientras que la agricultura, con doble número de trabajadores, obtenía un valor de 78.000 millones, diferencia consistente en la superior capacidad de los obreros industriales y en los adelantos de la mecánica.

Una serie de cálculos fundados en las estadísticas oficiales demuestran que lo que pudiéramos llamar la ración industrial del individuo, representa cinco veces más que lo que el individuo necesita, lo que no extrañará á quien considere que si hay muchos que carecen de vestido y hogar, hay palacios suntuosos y refinamientos de lujo que rayan en la prodigalidad y el derroche de modo incalculable y hasta inverosímil.

¿En qué se emplea ese exceso enorme de comestibles y de productos de todas clases? No hay estadística capaz de reducir á cifras exactas tan brutal desconocimiento de las reglas más elementales de la economía. Como simple indicación confirmatoria, Kropotkine cita algunos ejemplos: hay países en que por dificultades de transporte dejan podrirse la cosecha; en Cerdeña había bosques de naranjos en que el dorado fruto, tan apreciado y tan espléndidamente pagado en los países del Norte que de él carecen, se perdían por la distancia que les separaba de las costas; en los Estados Unidos había tiempo atrás, quizá el utilitarismo yanqui lo haya transformado actualmente, extensas regiones en que se empleaba el maíz como combustible en España; antes de la formación de la actual red de ferrocarriles, en nuestros días, había comarcas en que se arrojaba el vino por hallarse rebosantes las bodegas, mientras en otras había escasez absoluta; se sabe de un propietario, y como éste hay muchos, que para darse importancia mantenía una jauría de cien perros de diversas castas, en cuya alimentación gastaba diariamente una cantidad de leche, carne y pan suficiente para mantener ciento veinte personas, y los labradores que trabajaban sus propiedades sufrían privaciones y encima la humillación de verse postergados á los perros del amo. Y eso no es excepcional: la aristocracia, en general, ó sea los sucesores de varias ó muchas generaciones de privilegiados, en su bestial degradación y degeneración, caen en la manía de criar perros, gallos luchadores y caballos, y con lo que despilfarran de sus usurpaciones para sostener á la altura de su estupidez su afición á la caza, á la riña y á las carreras, podrían alimentarse todos los hambrientos del mundo civilizado. Añádase lo que los ricos consumen en la mesa, en sus salones, en su lujuria, el valor de sus palacios y el derroche de sus extravagancias, y se verá que todo ello es como un océano inmenso donde afluye la producción como los ríos al mar.

A propósito de la doctrina conocida y abominada en la forma del famoso aforismo de Malthus «el que no encuentre cubierto en el banquete de la vida ha de retirarse», creo oportuno poner á continuación un ingenioso pensamiento de Pierre Lerroux, un Lerroux muy diferente del que aquí han puesto en moda los trabajadores de la masa neutra, pobres inconscientes que ya no piden el pan suyo de cada día á Dios, sino á la República, tan poco alimenticia la una como el otro!

«No creamos nada; no anonadamos nada; únicamente operamos cambios.

»Con semillas, aire, tierra, agua y excremento producimos materias alimenticias para alimentarnos; y, alimentándonos, las convertimos en gases y excrementos, que producen á su vez ó contribuyen á producir otras materias nutritivas: á esto llamamos consumir.

»El consumo es el objeto de la producción, pero también es su causa. Y si no, razonemos: las semillas no pueden escasear; fácilmente se concibe que una arpena de trigo, cierta medida antigua, sembrada y resembradas sus cosechas, bastaría para cubrir en catorce años la superficie entera del globo que habitamos. En cuanto al aire, la atmósfera, por su fluidez ha escapado á la avaricia de los acaparadores, y por su abundancia pertenece aún á todos los hombres. Lo mismo sucede con el agua; hay tanta en la tierra y en el aire, que no se ha pensado en detentarla en beneficio exclusivo de los señores. Y entonces, ¿por qué esos señores me prohíben vivir? ¿Por qué me arrojan del banquete de la vida? Si hay trigo, aire, tierra y agua en abundancia inagotable, y consumiendo produzco también, ¿tienen algún derecho especial á fundar una ganancia sobre mi excremento para que mi vida dependa de la benevolencia de los señores ricos?»

Paréceme que, aparte de la gracia verdaderamente original con que está presentado el raciocinio, es de absoluta justicia y no ha podido hallar Malthus contradictor más lógico é irrefutable. ¿Es cierta la fecundidad del trigo? ¿Son verdaderamente inagotables y

excedentes para las necesidades humanas el aire, la tierra y el agua? Pues todo acaparamiento y limitación y consiguiente ganancia es criminal, toda crisis alimenticia es, además de criminal para los que resulten responsables, una torpeza injustificable é inexcusable. Toda propaganda del ahorro es á la vez que un engaño pedir al despojado la absolución del usurpador. No se necesita más dato para afirmar con toda seguridad la realización del ideal libertario comunista en que sin coerción de ningún género, por el poder de las fuerzas naturales sabiamente aplicadas y combinadas, se producirá sin limitación ni falsificación para satisfacer todas las necesidades, y sobre esta base, elevarse á las alturas de la sociedad racional digna de la humanidad.

*Anselmo Lorenzo*

*(Continuará.)*

## EL CASTILLO MALDITO

### ACTO SÉPTIMO

#### Personajes que intervienen en él.

Portas.  
Juez.  
Callis.  
Suñe.  
Gana.  
Ollé.  
Jesuita 1.<sup>o</sup>  
Jesuita 2.<sup>o</sup>  
Verdugo 1.<sup>o</sup>  
Aschery.

Más.  
Capellán.  
Molas.  
Nogués.  
Verdugo 3.<sup>o</sup>  
Salud.  
Francisca.  
Niño 1.<sup>o</sup>  
Niño 2.<sup>o</sup>  
Alsina.

#### ACTO SEPTIMO

##### Decoración.

*(La del despacho del Juez, ó sea el dormitorio 27 de la Plaza de Armas del Castillo Maldito. Al levantarse el telón estarán sentados cerca de la mesa Portas y Morxo.)*

#### ESCENA 1

##### Portas y el Juez.

JUEZ

Todo ha ido á medida de nuestros deseos. Es cierto que el Supremo ha modificado un poco la sentencia del Consejo; pero lo substancial de nuestra obra queda en pie.

PORTAS

Más de una vez he creído que toda se iba abajo. Callis, Molas y Nogués abrieron en ella buena brecha el día del Consejo.

JUEZ

¿De qué les ha valido? Dos de ellos están en capilla, y el otro se libra de la muerte por milagro. ¡Créame usted, contra el poder que nos ampara no hay quien pueda! Recuerde usted el fin del teniente Morales, que con tanto empeño tomó la defensa de Nogués. El día siguiente al de la terminación del Consejo estaba de reemplazo, y á los dos días se le encontró muerto en la cama.

PORTAS

¡Heca que se suicidó.

JUEZ

¡Quién sabe! El hecho es que quedó vencido á nuestras plantas.

PORTAS

¿Y para el porvenir?

JUEZ

¡No sea usted niño! En la causa no consta declaración alguna sobre la práctica de los tormentos. De poco les valió que los alegaran ante el Consejo, porque sus declaraciones fueron eliminadas, y ya sabe usted cómo se mandó la causa á Madrid, porque usted fué quien la llevó. ¿Dónde se va á fundar un proceso contra nosotros, si todos los trámites del sumario están en regla?

Por otra parte (*bajando la voz*) nuestros protectores, que, como usted sabe, son poderosísimos, jamás permitirán que se nos toque un hilo de la ropa; hay muchos y valiosos intereses que abonan nuestra intangibilidad... (*pausa*) Puede usted estar tranquilo. (*pausa*) ¡Claro que no estaría de más una declaración firmada por los atormentados que no han sido, como merecían ser, condenados á muerte, diciendo que no habían sufrido malos tratos!...

PORTAS

Hoy pienso intentarlo.

JUEZ

¿Cómo?

PORTAS

Amenazando con nuevos tormentos á Callís, Suñé, Ollé y Gana si no firman que jamás se les sujetó á sufrimiento alguno.

JUEZ

Quizá sería mejor presentando la cosa con carácter de seguridad personal para ellos. . .

Por ejemplo; se les dice que el teniente Morales, que se puso mal con nosotros, lo encontraron muerto en la cama, y que á ellos les puede ocurrir lo mismo si no acceden á nuestra demanda.

PORTAS

Primero á las buenas, luego á las malas.

JUEZ

Por las buenas lo intentarán hoy también dos virtuosos padres jesuitas que han sido avisados al efecto y que en este instante están hablando con el gobernador del Castillo.

PORTAS

Por mucho pan nunca es mal año; y quizá entre muchos hagamos la obra perfecta.

JUEZ

Para ello he confiado siempre en Dios.

PORTAS

A él he fiado mi porvenir.

JUEZ

Que será próspero, sin duda alguna.

(*Caen el telón del primer cuadro.*)

## CUADRO SEGUNDO

### Decoración.

(*Representa uno de los calabozos subterráneos donde Más ha estado encerrado bastante tiempo. Tiene dos ventanas al foro, que reciben la luz de otras situadas de cara al mar. La escena, cerrada, y á la derecha cuatro camas de las que se usan en los cuarteles; á la izquierda, la puerta de entrada. Del techo pende un farol de aceite apagado; la estancia, un poco oscura, pero la luz ha de ser natural; al levantarse el telón Callís, Suñé, Gana y Ollé se hallan reunidos en la segunda cama, contando desde la boca del teatro.*)

### ESCENA II

Callís, Suñé, Gana y Ollé

GANAS

¡Por qué nos habrán reunido aquí á los cuatro?

CALLÍS

No será para nada bueno... (*pausa*).

GANAS

(*con intranquilidad y mirando hacia la puerta*). ¿No sabéis lo que ocurre?

OLLÉ

¿Qué ocurre?

GANAS

¡Que Molas, Nogués, Aschery, Alsina y Más están en capilla!

CALLÍS Y OLLÉ

¡En capilla!

SUÑÉ

¿En capilla? (*Un momento de pausa; el terror se va apoderando poco á poco de los presos*).

GANAS

¿Por qué nos habrán reunido aquí, dónde ha estado encerrado tanto tiempo el pobre Más?

CALLÍS

Algo intentarán contra nosotros.

SUÑÉ

Ya que no han querido condenarnos a muerte los de Madrid, nos matarán los de Barcelona.

GANA

(*aterrorizado*) Calla. (*Un momento de silencio; los presos se separan inconscientemente buscando la soledad de sus conciencias y se pasean por el calabozo, cubizbajos*).

CALLÍS

Es preciso hacer algo para salvar la vida

SUÑÉ Y GANA

¿Qué? (*Ollé se acerca á la puerta y se entretiene en mirar las rendijas que hay en ella*).

CALLÍS

(*desanimado*). La verdad es que nada podemos hacer (*pensativo*); entre el mundo y nosotros están esos verdugos (*señalando á la puerta*).

OLLÉ

(*metiendo un palito por una rendija de la puerta*). Silencio.

GANA

(*acercándose*). ¿Qué hay?

OLLÉ

Un papel (*sacándolo y desdoblándolo un pedazo de papel como la cuarta parte de un pliego de cuadernillo*).

CALLÍS

(*acercándose*). Un papel.

SUÑÉ

(*acercándose*). ¿Escrito?

OLLÉ

Sí; es letra de Más; la conozco... Silencio.

GANA

(*bajito*). Veamos qué dice (*se agrupan; todos miran hacia la puerta. Gana se acerca á ella silenciosamente, escucha un momento y después se reúne con los demás*).

OLLÉ

(*leyendo misteriosa y terroríficamente*). «Hoy 23 de Enero de 1896, aprovechando un momento de lucidez, te declaro paisano ó militar que encuentres este papel y sea cuando fuere, que soy inocente; que he sido horriblemente atormentado, y que el proceso que me llevó al patíbulo fué un macabro invento del Juez Marzo y del esbirro teniente Portas, con

ocho auxiliares á sus órdenes. Si tienes conciencia, descubridor de este escrito, haz de él un buen uso en favor de la justicia y de la inocencia...—*Luis Más.*»

(*acabada la lectura, los cuatro presos se miran sin saber qué decir ni qué partido tomar*).

OLLÉ

(*después de un momento*). Si esta carta llegase hoy mismo á manos del Capitán general, se salvaría la vida de Más.

SUÑÉ

Es inútil; bien saben todos que somos inocentes y que hemos sido atormentados.

GANA

Entonces...

CALLÍS

Hay que hacer algo.

OLLÉ

Sacar afuera este documento para que nuestros amigos lo utilicen en contra de esos... (*señalando la puerta*).

SUÑÉ

¿Y cómo sacarlo de aquí?

GANA

¡Quizá haya más papeles escondidos! (*buscando por las rendijas de la pared; los demás le imitan*). Otro papel (*lo hace caer á tierra con un palito; Callís lo recoge del suelo y lo desdobla; los demás le rodean*).

CALLÍS

(*mirando el papel*). Dice lo mismo que el otro.

SUÑÉ

¡Claro; por si se perdía el primerol

OLLÉ

Se me ocurre una idea; Gana ha de hablar con su familia uno de estos días, según él mismo me ha dicho, y podría entregar este escrito á su compañera para que lo guardase hasta que nosotros dijéramos á la de Casanovas y á la hermana de Cayetano Oller que fuesen á recogerlo.

CALLÍS

(*á Gana*). ¿Qué te parece?

GANA

A mí bien.

OLLÉ

(*á Suñé*). ¿Y á tí?

SUÑE

También.

OLLÉ

(*á Gana*). Pues asunto concluído. Tú se lo das á tu mujer con encargo de que lo guarde hasta que se lo pidan la compañera de Casanovas y la hermana de Cayetano (*se oyen ruidos de cerrojos; ábrese la puerta y aparecen dos jesuitas que adelantan pausadamente; en la puerta esperan tres verdugos*).

## ESCENA III

Los mismos, dos jesuitas y tres verdugos.

JESUÍTA 1.º

¡Buenos días! (*los presos, sin contestar, se reúnen en el rincón de la derecha entre la pared y la última cama*).

JESUÍTA 2.º

¡Acercáos!... ¿Qué teméis?

VERDUGO 1.º

Son tan cobardes como mal educados. Se creen en capilla como los otros, y como deberían estar ellos (*los presos, ofendidos por las palabras del verdugo, adelantan hasta colocarse en medio de la escena*).

OLLÉ

(*con rencor*). ¿Qué se quiere de nosotros?

JESUÍTA 2.º

(*voz melosa é hipócrita*). Mucho odio hay en tu cuerpo pequeño.

OLLÉ

El que ha de sentir la víctima contra el verdugo.

JESUÍTA 2.º

Nosotros no os hemos hecho ningún daño.

CALLÍS

¡Quién sabe!

GANA

(*dirigiéndose á sus compañeros*). Sepamos el objeto de su visita.

JESUÍTA 2.º

Como no ignoráis, hijos míos, debéis la

vida á la benevolencia de los Sres. Marzo y Portas, que han hecho cuanto ha estado de su parte para salvárosia, y en pago de favor tan grande y tan de agradecer, venimos á suplicaros que pongáis la firma en este documento (*sacándose un papel*).

CALLÍS

¿Más firmas?

SUÑE

Nada de firmas.

OLLÉ

¿Y qué dice este papel?

JESUÍTA 2.º

Podéis leerlo.

(*Gana alarga el brazo y toma el papel, lo abre y lee; los demás rodean á Gana, y lo leen también con la vista*).

OLLÉ

¡De manera, que no hemos sido atormentados!

JESUÍTA 1.º

Lo han sido ustedes por equivocación, pero no se les ha condenado á muerte, y la vida bien vale una firma.

(*Silencio; los presos dudan, los jesuitas se miran disimuladamente con cara de triunfo; los verdugos de la puerta hablan en voz baja*).

JESUÍTA 2.º

(*voz melosa, pero algo amenazadora*). Pensad que aún estáis en poder de estos señores (*señalando á los verdugos*).

OLLÉ

Yo no firmo.

GANA

Ni yo.

CALLÍS

Ni yo.

JESUÍTA 2.º

(*á Suñe*). ¿Y usted, joven?

*Suñe nada contesta, pero se deshace los pantalones con intención de bajárselos y enseñar á los jesuitas sus testículos destrozados; los je-*

*sultas, adivinando la intención, se dirigen precipitadamente hacia la puerta).*

JESUÍTA 1.º

*(Desde la puerta, con ferocidad)* No saldréis vivos de aquí.

*(la puerta se cierra con estrépito; los presos quedan como anonadados; se miran con espanto y nada se dicen).*

ESCENA IV

Gana, Suñé, Callís y Ollé.

GANÁ

*(como consigo mismo y con voz débil).* Nos matarán.

LOS DEMÁS

*(aterrorizados);* Callá .. pts... callá... callá...  
*(Cae el telón del cuadro segundo)* (1).

Federico Urales.

## LITERATURA INTERNACIONAL

*Ideas vivantes*, por Camilo Mauclair. Librairie de l'art ancien et moderne. Paris.—*Familie P. C. Behm*, novela de Ottomar Enking. Dresden.—*Reissner*. El proletariado periodístico.—*Sechzen Jahre in Sibirien*. (Diez y seis años en Siberia), por L. Deutsch. Stuttgart, J. H. W. Dietz.

Aventajado es Camilo Mauclair como crítico. Se ocupa profusamente de artes plásticas, de música, y en ocasiones de literatura.

Hace gala de una penetración comprensiva y de un análisis agudo. Es muy diestro en el arte de sacar a relucir las sensaciones más íntimas y exponer su idea simbólica.

En *Ideas vivantes* se extiende Mauclair en comentarios sobre la escultura de Rodin, el fornido, y sobre la pintura de Carrière, el brumoso. Hace después la psicología del misterio, que para muchos autores, y entre éstos Wagner, representa el atractivo perdurable del arte.

Diserta también sobre arte clásico y arte académico, para establecer entre los mismos la diferenciación necesaria. Se ocupa de lo que se ha dado en llamar la religión de la orquesta, que hace tantos melómanos. La música, para éstos, envuelve una forma de arte superior, por elevarlos a regiones de un absoluto abstracto y despertarles sentimientos de una eternidad aparente.

Razona también Mauclair sobre el espíritu científico que parece informar las letras contemporáneas. Aun cuando no cree del todo, como los grandes químicos franceses, que la ciencia adquiere cada día mayor influjo en la dirección moral y material de la sociedad, opina que la literatura ha de mirar con simpatía el nuevo espíritu científico, como han hecho los hermanos Rosny, novelistas. Ha de considerarse, pues, a la ciencia como aliada natural de la literatura. Misión de ésta debiera ser el llevarnos al conocimiento en que se reconcilien la estética, la metafísica y la ética. Pero el arte, aunque tenga que dejarse influir por la ciencia, no ha de someterse rigurosamente a las leyes de esta última.

Ocupándose de la identidad y de la fusión de las artes, expresa que la primera no es necesaria a la segunda. Wagner intentó esa fusión sin éxito; mas el principio, en sí, no deja de ser admirable. Son idénticas las artes siempre que procuran sensaciones equivalentes. Goethe, Beethoven, Miguel Angel y Velázquez emplean cada cual signos particulares para expresar sus ideas.

El crítico, según Mauclair, ha de tener la misión de enseñarnos, cuando contemplamos

(1) Esta escena, que el autor presenta como ocurrida cuando Molas, Nogués, Aschery, Aliste y Más se hallaban en capilla, ocurrió pocos momentos después de haber sido fusilados esos infelices. Se altera, sin embargo, el momento en que tuvo lugar para poder concluir la tragedia en la muerte de los víctimas de la inquisición española. Fijense los lectores ó los espectadores, pues algún día ha de re-crearse esta tragedia, si no en España, en el extranjero, en el estado de ánimo en que debían haberse Callís, Suñé, Ollé y Gana, cuando pocos momentos después de haber oído el ruido de los maderos que destruían los cuerpos de sus compañeros inocentes, se les reunía en el calabozo que sirvió de encierro al pobre Más, de quien acaban de leer una terrible y trágica historia; reconstruyan el estado de espíritu y de abatimiento mental en que habían de encontrarse.

una obra de arte, lo idéntica que ésta es a las demás artes. Juzga que el crítico no es inferior al creador. El crítico ideal será aquel que esté familiarizado con todas las artes y ciencias, hallándose siempre con el afán de aprender. «Críticar con acierto es comprender con acierto, y comprender bien es apreciar bien».

La principal figura de la novela de Enking es una muchacha, Ana Behm, hija de padres de la clase media. Por desgracia, la chica tiene personalidad propia. Carece, sin embargo, de valor para huir de la cárcel familiar. Las circunstancias de la historia de su familia la asedian y la sojuzgan, inutilizando los esfuerzos que hace para el libre desarrollo de su yo. Esto constituye la tragedia de su vida.

El anciano P. C. Behm, que ejercía de buhonero, no puede ya resistir la fatiga y, cediendo los deseos de su esposa, abre una pequeña tienda. Ana se ocupa en las labores domésticas. Frau Behm se desvela por su esposo y por sus hijos, para los cuales sólo desea bienestar.

P. C. Behm emplea sus ocios en dar rienda suelta a su patriotismo; hace gestiones para que Koggenstedt, su pueblo natal, se transforme en puerto de mar, y a tal efecto comienza a escribir una carta interminable para el emperador. Bernhard, el hijo, es un auxiliar de Correos, el cual, muy satisfecho de sí, vive con alegría de filisteo. En medio a estos personajes crece Ana. Traba luego conocimiento con el joven doctor Korting, gracias a su hermano. Korting se le antoja a Ana un ser del otro mundo. Ambos se enamoran idílicamente y rápido se cumple el desarrollo de Ana, bajo la influencia educadora de Korting. Se suceden hermosas escenas de dulce amor.

Todo se destruye cuando la familia invita al novio a casa de ella. Tiene lugar entonces una escena cómica. Está Ana que no alienta ante el contacto de los suyos con Korting, temiendo aparecer a éste bajo un aspecto desfavorable, en medio de su familia, y así ocurre. Viene la separación de ambos, que antes patinaban juntos sobre el hielo.

Las cosas van de mal en peor. Ana se casa con un hombre sin mérito alguno, el cual arruina a su familia con especulaciones fraudulentas, que le obligan a escaparse. La familia sucumbe bajo el dolor de la quiebra. Ana intenta suicidarse, no lo logra, y sigue dirigiendo del mejor modo posible la tienda de su madre.

Rebosa de sencillez el estilo con que está escrita esta novela, en la que no faltan notas de buen humor. Vivos son los caracteres de los personajes, que asedian la imaginación del lector después de abandonar la lectura.

Muy interesante es el artículo que recientemente ha publicado Pottier en *La Revue* sobre el periodismo. Hoy ha engendrado éste un proletariado de los más miserables. Los periodistas se caracterizan por hablar de todo menos de sí. Sus preocupaciones son harto múltiples.

«Defienden sucesivamente a los obreros explotados por el capital, a los niños martirizados, a las viudas espolgadas por la justicia, a los huérfanos despojados por los tutores y a los condenados que, en su mayoría, se mandan injustamente a presidio; no les queda, pues, tiempo para cuidar de sí propios.»

El periodista se convierte en un empleado, y el periódico viene a constituir una casa de comercio.

«La prensa, arrastrada al americanismo, al reportaje y al mercantilismo..., no se preocupa de la calidad de artículos ni de lectores; busca sólo la cantidad.»

Esto, naturalmente, envilece la profesión y se traduce en rebaja de sueldos. El chico

de la prensa, cuando no tiene renombre literario y no puede, por ello, firmar artículos, no gana más de 150 á 200 francos mensuales (suma irrisoria en una capital donde la vida es carísima) en algunos periódicos franceses por trece ó catorce horas de trabajo diario. Han de recorrer todos los comisarios de policía para dar con *faits divers* (gacetas de sucesos). Cierta que, para ahorrarse el tiempo, las inventan y se reúnen en el café de Guttenberg, boulevard Poissonnière, para fabricarlas.

Trátase de remediar esta miserable condición por medio de un *Sindicato de la prensa*, que se ponga de acuerdo con los tipógrafos. Existe ya una Asociación con aquel nombre y no sirve más que para proteger á los pájaros gordos del periodismo.

¿Cuál es el porvenir de la prensa? ¿Persistirá en su acción envenenadora ó emprenderá una misión educadora? Hasta que se haga *tabla rasa* del viejo edificio...

«Cuando el vapor levó el ancla y no me amenazaba ya ningún peligro, se apoderó de mí una indecible tristeza, no porque me alejase del país de mi destierro y de mi prisión, sino de una patria querida; se acostumbra uno á todo, hasta á la esclavitud y á las cadenas. Mi tristeza, en este caso, nacía de la conciencia de que abandonaba por siempre mi país.»

Con estas palabras se ocupa L. Deutsch en su libro *Sechzen Jahre in Sibirien* (diez y seis años en Siberia), de su partida de Rusia, para poder vivir en el extranjero sus ideas como hombre libre.

A los diez y nueve años se dió Deutsch al movimiento propagandista con todos sus sentidos y con actividad incomparable, en pro de la liberación de su país. Fué uno de esos revolucionarios que nada perdonan á los traidores que conspiran contra ellos, siendo causa de que los lleven á la cárcel ó al patíbulo. Uno de los traidores, Gorinowitsch, que comprometió al partido, fué sentenciado á muerte por su traición.

El plan, sin embargo, fracasó; y Gorinowitsch, naturalmente, acusó después á los agresores. El caso tuvo lugar en pleno desarrollo del terrorismo que logró suprimir á Alejandro II. Con toda severidad persiguió el gobierno á los acusados y Deutsch se salvó de la muerte buyendo al extranjero y fijándose en Friburgo (Suiza).

Disfrutó de libertad durante cuatro años, desde 1880 á 1884. Como publicase artículos sobre la delimitación de fronteras rusas, con motivo del intento de Alemania de ensanchar las suyas por Polonia, fué encarcelado en Friburgo de Baden.

Su caso al principio no era grave y creía Deutsch que saldría pronto de la prisión; pero el gobierno ruso, en el ínterin, hizo gestiones para la extradición, por atentado contra Gorinowitsch. Concedióla el gobierno de Baden, asegurando á Deutsch que el gobierno ruso sólo le sometería á un tribunal ordinario; pero Deutsch sabía ya que le aguardaban muchos años, de presidio y de destierro.

El tiempo le dió la razón. No bien llegó á San Petersburgo, lo llevaron á la fortaleza de Pedro-Pablo y lo encerraron en el calabozo de los condenados políticos. De delincuente corriente pasó á reo político, y no sólo no se le sometió á un tribunal ordinario, sino que fué juzgado por un Consejo de guerra por haber hecho propaganda revolucionaria en el ejército.

Le condenaron á trece años y tres meses de trabajos forzados.

Deutsch se ocupa luego de su estancia en Siberia. Refiere las iniquidades de que fueron víctimas él y sus compañeros. Su accidentada vida de sacrificio por las ideas, explicada por él, resulta muy interesante, lo mismo que las revelaciones que hace sobre la organización y la acción de los terroristas eslavos.

*Luciano Maupiq.*

## Los indígenas de Nueva Caledonia.

### I

Antes de pocos años, los indígenas *canaques* de la Nueva Caledonia habrán desaparecido, como han desaparecido los de Tasmania, asesinados hasta el último por nuestra «civilización» europea, como desaparecen los de Australia, cazados lo mismo que kanguros ó conejos por los *squatters* y los *sportmen*. Se sabe, en efecto, que éstos no desdeñan, por único motivo de distracción, el organizar batidas en que el hombre de piel morena reemplaza á la bestia.

«Son salvajes», dice el colono, y con esta palabra logra robarles, sin el menor remordimiento, el suelo que ocupaban.

¡Razón tanto más asombrosa que este colono, nueve veces de las diez, es un ignorante y brutal, que de la civilización ha tomado únicamente los vicios!

Antes que sean sólo un recuerdo los indígenas de la Nueva Caledonia, quiero decir algo de estos salvajes, entre los cuales he pasado mis años de juventud, es decir, los mejores, viviendo en el seno de tribus reputadas antropófagas. Y confieso que aún estas tribus, como la de Ocbias, comían discretamente los enemigos caídos en una lucha. ¿Pero qué es más cruel, comer un enemigo muerto ó asesinar lentamente á un vivo con todos los refinamientos en uso entre los civilizados?

La Nueva Caledonia, descubierta el 4 de Septiembre de 1774 por el célebre navegante inglés Cook, es una isla larga y estrecha, teniendo 90 leguas del Noroeste al Sudeste, es decir, en el sentido de su eje, y 13 leguas en su anchura media.

Es un prolongamiento del sistema orográfico asiático malés que comprende la península de Malaca, las islas de la Sonda, la Nueva Guinea y las sierras de la costa oriental de Australia. Todas estas tierras tienen el gran eje de sus hileras de montañas, más ó menos dirigido, del Noroeste al Sudeste.

Es un hecho científicamente establecido que antes del fin del período terciario existía un inmenso continente austral, de que ahora subsisten sólo los destrozos, destinados, quizás, á relegarse los unos á los otros, merced al trabajo secular de los polipiarios calcáreos que han edificado macizos de coral sobre el plato de montañas desaparecidas.

Las reliquias fósiles de un gran paquidermo, descubiertas en 1874 por Henri Filhol, había, desde entonces, confirmado la opinión de que Nueva Caledonia, en el tiempo del período cretáceo y de la época eocena, formaba parte del continente austral.

Pero si se pueden encontrar vestigios de animales pertenecientes á tiempos tan antiguos — principalmente en los terrenos calcáreos de la cuesta Oeste —, es mucho más difícil fijar una fecha á la aparición del hombre en estas regiones.

Personalmente buscaba yo, y he encontrado, muchas viejas sepulturas *canaques* en grutas escondidas dentro de macizos, casi impenetrables, de verdura, árboles, arbustos, matorrales y bejucos. Muchas veces, los cráneos y huesos que encontraba no ahondados sino puestos en la superficie del suelo pedroso, parecían muy antiguos por su mal estado de conservación. Pero creo que verdaderamente la mayor parte tenían sólo unos tres siglos, y los otros unos siete ú ocho, porque se necesita tener en consideración que los *canaques* no inhumaban sus muertos, pero los exponían en las ramas de los árboles ó encima de las rocas de las montañas. Luego, cuando el sol, la lluvia, el pico de las aves y los dientes de los ratones habían hecho desaparecer la carne y las partes cartilaginosas, los *canaques* recogían piadosamente el esqueleto más ó menos intacto y lo llevaban á las grutas.

Abundancia de conchas, generalmente ennegrecidas por el fuego, me hicieron pensar que estas segundas exequias eran otras veces seguidas por comidas fúnebres.

Todo esto, generalmente desconocido de los europeos, salvo los misioneros, que conservaban para ellos lo que habían logrado aprender, no daba verdaderamente la impresión de una antigüedad muy grande del hombre en Nueva Caledonia. No quiero decir que no haya existido el ser humano en dicho país desde muchos millares de años; digo solamente que hasta ahora no se han encontrado sus vestigios y que, fuera de unos siete u ocho siglos, se extiende ante nuestras investigaciones una *mar incógnita*.

La raza indígena neo-caledoniense ahora existente, ó por mejor decir, que está acabando de sucumbir, asesinada por nuestra civilización, fué formada por el encuentro y la mezcla del elemento melanesiano (papona ó negroído), con el elemento polinesiano llegado de las islas Wallis no hace mucho más de unos ciento ochenta años. Naturalmente, en el litoral Este, dirigido hacia la Polinesia, fué donde principalmente lograron entre las luchas y otros obstáculos, establecerse los hombres de piel roja y cabellos lisos.

Los canaques de Tonaron (en el Sudeste de la Nueva Caledonia), reconocen, entre ellos, tres variedades de color, que llaman:

*Adin'e* («los negros» ó melanesianos);

*Aboni* («los rojos» ó polinesianos);

*Abonimic* («los de color castaña» ó mestizos de las otras dos razas).

Es de notar que el mestizo de europeo y de Canaqua (*Adin'e* ó *Abonimic*), reproduce el tipo polinesiano más refinado.

El canaque no tiene historia porque no tiene caracteres de escritura. Tiene solamente tradiciones orales que se transmiten de generación en generación por la noche, hablando en las casas cerca del hogar encendido, y dibujos con que ornan sus flautas ó sus primitivas moradas. Creo que si no hubiesen llegado los europeos, el elemento polinesiano, continuando su expansión, conquistando el país y llevando un grado superior de intelectualidad, hubiera logrado insensiblemente transformar estos groseros dibujos en un embrión de escritura geroglífica.

Que haya gran diferencia entre los melanesianos atrasados en su evolución y los polinesianos más favorecidos, es indudable, lo que naturalmente no confiere el derecho de asesinar á la raza «inferior».

Los polinesianos, originarios de emigrantes de Java, se remontan á las antiguas razas que no solamente poblaron la Malesia, sino también el suelo sagrado de India, mientras que una rama de esta familia derivaba en otra dirección hasta Madagascar. Es un hecho innegable, comprobado por el estudio comparativo de los idiomas.

Esta raza de intrépidos navegantes que sobre sus piraguas, menos imponentes que las carabelas de Cristóbal Colón, recorrían toda la anchura del inmenso Océano Pacífico, tiene un espíritu abierto, generoso y rico de poesía. Por cierto, algunas mezclas con elementos chinos ó subjaponeses, tuvieron que influir sobre el desarrollo de los polinesianos del Oeste, como también es probable que pudieron los del Este tener algunas ocasionales relaciones con habitantes del continente americano.

C. Malato



## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Hallazgo fósil interesante: el triceratop.—La estatura humana y la transmisión de las impresiones: experimentos del Dr. Alcock.—Efectos de los colores sobre el sistema humano. El Spinthariscopio.*

En los Estados Unidos acaba de efectuarse un descubrimiento de interés paleontológico considerable. Una misión científica dirigida por el profesor Henry S. Osborne, de la Universidad de San Luis, ha hallado el cráneo en buenas condiciones de conservación de un monstruo fósil, de la especie de los dinosaurios, el triceratop, que se cree sea el animal más gigantesco que haya vivido en la tierra.

Esa especie debió de vivir y extinguirse en la época cretácea, que los geólogos colocan en una fecha remota que varía, según los autores, de tres á diez millones de años. Las proporciones y la fuerza del animal se revelan por las admirables dimensiones de ese cráneo, que mide nada menos que 2,25 metros de largo por 1,65 metros de ancho.

A excepción de la extremidad superior de los cuernos, que deberá reconstituirse, el cráneo está intacto. La exhumación de un specimen fósil de esa dimensión es un acontecimiento, representa el hallazgo de un verdadero tesoro científico.

El descubrimiento tuvo lugar á la orilla de uno de los ríos tributarios del Missouri, á unos 200 kilómetros de Miles-City, en el territorio de Montana. Uno de los exploradores observó la extremidad de un cuerno que sobresalía del suelo, y eso bastó para indicar al ojo experimentado de los geólogos que se trataba de restos fósiles, y excavaciones comenzadas en seguida produjeron el descubrimiento de aquella enorme reliquia de la vida, tal como era hace millares de siglos.

Tratado con todas las precauciones necesarias para su conservación, ha sido reconstituido por M. F. A. Lukas, competentísimo en paleontología, quien por las datos que suministra el cráneo, el triceratop mediría de 9 á 10 metros de largo y pesaría diez toneladas.

La forma de los dientes indica claramente que pertenecía á los herbívoros, pero que sus dientes le servían sólo para cortar la vegetación tropical que le suministraba su alimento y que tragaría sin masticar, lo que supone una fuerza digestiva extraordinaria.

Su inteligencia no debía estar en proporción con sus enormes dimensiones, á juzgar por la cavidad cervical que no es mayor que una taza de las de café, de lo que se deduce que su instinto sería no más que lo suficiente para defenderse contra los dinosaurios carnívoros, sus contemporáneos, aunque por la enormidad de su cabeza, armada de dos cuernos agudos y bien plantados, sería un adversario invulnerable y uno de los amos de los bosques tropicales y pantanosos de su tiempo.

Se comprende que el hombre de mediana estatura ó menor aún, procure hallar una compensación contra las ventajas estéticas de que gozan los llamados buenos mozos, y por eso se ha hecho notar que las dimensiones reducidas aseguran mayor concentración muscular y nerviosa, y en apoyo de esta teoría se cita á Napoleón, Carlos V, lords Roberts, Stanley, Du Chailion y la mayor parte de los grandes conquistadores y exploradores, todos de estatura media ó baja.

A todos aquellos á quienes como á mí mismo la naturaleza nos ha escatimado algunos milímetros, conviene conocer los siguientes datos:

En una Memoria presentada recientemente á la Sociedad real de Inglaterra, el doctor Alcock afirma que las impulsiones emplean cierto tiempo en su transmisión del cerebro á los miembros y viceversa á lo largo de los nervios, habiendo llegado él mismo á medir exactamente ese tiempo. En el curso de sus interesantes experimentos, el Dr. Alcock ha examinado muchos sujetos de estaturas que variaban de 1,57 metros á 1,03, y siempre ha hallado que la rapidez de esa transmisión era de unos 65 metros por segundo, y que, por consiguiente, el tiempo empleado en transmitir una sensación, por ejemplo, del dedo gordo del pie hasta el cerebro, era de unos 95 metros por segundo; y en el transcurso de la longitud del brazo la diferencia era de un milésimo de segundo. Pareciera que eso no es nada, y nada significaría para una sola sensación, un solo impulso; pero no hay que olvidar que el efecto es acumulativo y que al final de una jornada alcanza cantidades importantes.

El doctor Alcock ha verificado sus experimentos cuidadosamente ajustados al método del Dr. Walker, que consiste en que el sujeto empuña un cilindro de caucho hueco, atado por un tubo flexible á un tambor atmosférico sensible, de modo que la contracción de los dedos que oprimen el cilindro se registre en cuanto se produce. Esta contracción se produce automáticamente por la administración de una fuerte sacudida eléctrica á los músculos colocados bajo el tendón de los bíceps ó en el nervio mediano sobre la clavícula.

..

Hemos hablado en crónicas anteriores del efecto de los colores sobre el sistema humano, especialmente á propósito de las interesantes investigaciones del Dr. Foreau de Courmelles, sobre la cromoterapia.

Admitese que cada color ejerce una influencia particular sobre el sistema por medio del cerebro que las percibe, y que crea sensaciones *ad hoc*. Hay colores agradables á unos y detestables á otros. Felizmente, las gentes no se someten al efecto de un mismo color de una manera bastante continua para producir otro efecto que un sentimiento pasajero de simpatía ó de repulsión.

Ciertos colores producirían sobre el sistema humano, después de una prisión rigurosa de un mes á seis semanas en una celda en que dominara un color particular con exclusión de todo otro, el violeta, la imbecilidad y la postración, en tanto que el escarlata conduciría á la locura furiosa, inclinando á matar á sus amigos y parientes más próximos; el efecto del azul es análogo al del opio, estimula la imaginación y excita el cerebro, pero á la larga produce la misma desanimación que el opio. El verde es el buen color, su efecto es tranquilizador, preserva y fortifica la vista y la exposición prolongada á este color no causa inconvenientes. El amarillo es también tranquilizador, pero sólo durante cierto tiempo; el confinamiento solitario en una celda amarilla durante seis semanas, debilitaría irremediabilmente el sistema y produciría probablemente la histeria crónica. El blanco mate absoluto destruye la vista; los exploradores en las regiones árticas y antárticas se ven obligados á usar anteojos verdes para librarse de las oftalmias que terminarían en la ceguera absoluta sin esa precaución.

Todos esos efectos atribuidos á los colores, son deducciones basadas en la suposición de un encierro absoluto durante un mes ó más en una celula de un color exclusivo; el experimento no es práctico, y aunque lo fuera, siempre quedaría la duda de si los efectos eran debidos á los colores ó al aislamiento absoluto que privara al preso hasta de la presencia momentánea del carcelero.

..

Sir William Crookes ha inventado un notable instrumento llamado spinthariscopio, que permite ver las emanaciones del radium.

El nuevo instrumento está ya en el comercio, y después de haber constituido un objeto de vanidad y moda como regalo de año nuevo, vendiéndose á precios muy elevados, hoy ha regularizado su precio, habiendo spinthariscopios desde 30 schellings á 10 libras.

Se trata de una especie de microscopio que contiene una partícula de radium, variando según el precio del aparato, desde una 50ª á una 20ª de miligramo, sostenida por un hilo extendido sobre una placa cubierta de sulfuro de cinc.

El experimento se hace en una habitación oscura, cuando los ojos se han habituado á la obscuridad y han adquirido su mayor sensibilidad á la luz. Mirando entonces en la abertura del instrumento, la placa aparece como una porción de la bóveda celeste guardada de brillantes estrellas; de tiempo en tiempo aparece una estrella más brillante, que desaparece luego, y en la parte central esa especie de lluvia de estrellas es muy intensa, continuando la emisión sin debilitarse. Esas miriadas de estrellas brillantes en forma de vapor ó de polvo imponderable, son realmente las emanaciones del radium, que producen sobre la placa de sulfuro de cinc una fosforescencia cada vez que se produce el contacto.

*Carrida del Mármol.*

---

## LA NATURALEZA Y LA VIDA

# Los rayos de Blondlot ó rayos N.

*Una nueva radiación.—Caracteres generales y distintivos de los rayos descubiertos por Mr. Blondlot.—Fuentes de los rayos N.—Su emisión por el sol, las fuentes luminosas, los objetos insolados.—Cómo se les evidencia.—Su acción sobre los cuerpos fosforescentes.—Substancias que atraviesan.—Emisión permanente de los rayos por los cuerpos comprimidos por el acero.—Un rayo de hace doce siglos.—Acción de los rayos sobre las fuentes luminosas.—La luz aumenta la luz.—Acción sobre la retina: los rayos N aumentan la percepción visual.—Emisión de los rayos N por las plantas, los animales y el hombre.—Observaciones de Mr. Charpentier.—Radiaciones musculares y nerviosas.—Un método de estudio de la actividad orgánica.—Resultados generales.—Necesidad de un método instrumental.*

Se sabe, por las comunicaciones semanales de las sesiones de la Academia de Ciencias, que Mr. Blondlot, de Nancy, un físico de primer orden, á quien se deben excelentes trabajos, ha descubierto una nueva categoría de radiaciones: los rayos N.

¿De dónde vienen los rayos N?

¿De dónde no vienen, mejor dicho? Porque vienen de casi todas partes.

Esos rayos son emitidos por diferentes fuentes. En primer lugar, por medio de los rayos Roentgen, los ha descubierto Mr. Blondlot al tratar de comprobar la polarización de los rayos X emitida por un tubo foco. Esta polarización la ha obtenido Mr. Blondlot; pero la ha evidenciado, no para los rayos en cuestión, sino para otros que los acompañan: los rayos N. Porque los rayos N son los únicos polarizables: primer carácter que les distingue, y al cual añadido á continuación los siguientes que presentan también: teniendo la polarización rectilínea en la emisión, pueden tener la polarización elíptica y la rotatoria como la luz; presentan la refracción, la doble refracción, la reflexión y la difusión, y, finalmente, pueden concentrarse por la lente, lo mismo que los rayos luminosos. Pero no producen fluorescencia ni acción alguna sobre la placa fotográfica. Por este conjunto de caracteres y algunos otros que se anotan luego, es por lo que se distinguen absolutamente de la radiaciones conocidas.

Pero volvamos á su origen. Se encuentran mezclados con los rayos N, como he dicho, emitidos por un tubo foco. Pero tienen además otras fuentes. La canisa de un mechero Auer, el filamento de la lámpara Nernst, la llama de un mechero ordinario de gas, el sol, un metal caliente, y en un guijarro cualquiera que ha estado expuesto al sol... Vienen de todas partes y nos rodean en todo sentidos. Se preguntara de qué modo los ha evidenciado el ilustre físico. Pues utilizando una de sus propiedades, que no hemos citado todavía.

Los rayos N tienen la facultad de atravesar diferentes cuerpos opacos, y al atravesar un cuerpo, de activar ó, mejor dicho, de avivar la fosforescencia preexistente en el mismo. He aquí la manera de proceder. Coged el sol—sí, cogedlo: esta es la palabra—coged el sol de una parte y de otra un cuerpo fosforescente. No hay un cuerpo naturalmente fosforescente, pero uno de esos cuerpos, como el sulfuro de calcio, puede ser fosforescente bajo la influencia de las radiaciones rojas ó infrarrojas, como ha hecho ver Mr. Becquerel. Se deposita un poco de este sulfuro en un tubo de vidrio ó sobre un cartón negro en una ligerísima capa, de manera que cubra algunos centímetros cuadrados, se le encola con colodión y se le expone después algunos instantes á los rayos solares. He aquí el reactivo obtenido y he aquí la experiencia. Se dispone de una habitación expuesta á pleno sol; se cierra la ventana con postigo de madera de unos 15 milímetros de espesor, teniendo cuidado, por supuesto, de que no quede ninguna hendidura por donde pueda penetrar la luz. La obscuridad debe ser completa. Entonces se aproxima el sulfuro del postigo sobre la otra cara donde hieren los rayos del sol, y en seguida se ve aumentar la fosforescencia del sulfuro, si se ha tenido la precaución de permanecer algún tiempo en el cuarto para que se adapte la vista. Colóquese la mano ó una lámina de plomo entre el postigo y el sulfuro, y se verá que la luminosidad de éste disminuye; retírese una ú otra, y volverá gradualmente, de la misma manera que ha desaparecido.

El experimento que acabo de referir pone un hecho de relieve, y es: que los rayos N son aptos para atravesar ciertas substancias y no otras.

El papel negro no detiene los rayos, la madera tampoco, aun cuando tenga tres centímetros de espesor, y lo mismo el aluminio, el cartón, el papel de estaño, la plata y el oro. Los rayos atraviesan también el acero, el cristal, la mica, la parafina y el caucho; pero la transparencia de estos diferentes cuerpos es variable: algunos lo son más que otros en un espesor igual, y de los más transparentes los hay que, en cierto espesor, disminuyen, ó evidentemente suprimen el paso de los rayos. Hay otros cuerpos que, aun con un espesor muy débil, detienen á los rayos: la sal gema, el plomo, el platino y—¡quién lo creyera!—el agua. El agua detiene los rayos N. Un papel de fumar los deja pasar; se le humedece, y ya no pueden hacerlo. Pero esta propiedad la tiene únicamente el agua dulce; el agua salada, aun ligeramehte salada, deja pasar los rayos N. Esta lista de cuerpos opacos y transparentes es, evidentemente, provisional.

Volvamos sobre el experimento hecho con los rayos N emitidos por el sol y que atraviesan el postigo de madera, ó examinemos mejor los otros cuerpos que pueden utilizarse para el mismo reactivo. Tomemos un mechero Auer, encerrado en una linterna provista de una hendidura que se tapa con una lámina de aluminio, y coloquemos el sulfuro detrás de la lámina. En seguida se hace más luminoso, porque hay rayos N. Si substituímos el mechero Auer por una lámpara Nernst, ocurre lo mismo, é igual si se opera con un mechero ordinario de gas, con una lámina de plata al rojo cereza, pero siempre ocultado por láminas de aluminio. Un guijarro cualquiera nos suministra perfectamente los rayos N. Recoged una piedra de la calle, una piedra seca, por de contado, puesto que el agua detiene los rayos, una piedra seca que haya estado expuesta á los rayos del sol algunas horas, encerradla en un cuarto obscuro con el reactivo, aproximadla á éste: la fosforescencia se aviva visiblemente y el guijarro permanece activo muchos días sin perder, al parecer, sus fuerzas.

Esto no es todo. Mientras que el guijarro, el ladrillo y otros cuerpos pueden, por exposición al sol, convertirse en fuentes de rayos N, ciertos otros producen esos mismos rayos espontáneamente y de un modo permanente, por su estructura. Estos son los cuerpos contractos. Un cuerpo contracto es, por ejemplo, la madera, el caucho, que se pueden comprimir ó que están comprimidos. Aproximad al sulfuro de calcio fosforescente un pedazo de madera comprimido por una prensa de carpintero: el sulfuro aumenta de brillo. Pero hay cuerpos contractos permanentes: las limaduras batávicas, el acero templado,

el latón machacado por el martillo, etc. Todos esos cuerpos emiten rayos N de un modo permanente. Un cortaplumas— con lámina de acero, por supuesto—los emite. Un butil, una lima. Y si después de comprobar la influencia avivadora de una lima sobre la fosforescencia del sulfuro de calcio, la destempláis, la influencia desaparece. Templadla otra vez, y la influencia vuelve de nuevo. Los rayos emitidos por los cuerpos contractos, cuerpos en tensión, atraviesan quince milímetros de aluminio, tres centímetros de madera de encina, etc. Parece que se emiten indefinidamente por los cuerpos de ese género. Mister Blondlot los ha hallado en objetos de acero del siglo XVIII, y los ha obtenido de un cuchillo hallado en una sepultura de la época merovingia, un cuchillo de hace doce siglos, y que tiene tanta actividad como la lámina de acero templado en nuestros días.

Todo eso es infinitamente curioso; pero conviene abrir un paréntesis. Hasta aquí hemos hablado únicamente de un solo reactivo de los rayos N, de los cuerpos fosforescentes, cuyo brillo es acreditado por ellos; pero hay otro reactivo, si bien del mismo orden. Los rayos N tienen, de un modo general, la propiedad de intensificar las fuentes luminosas. Desde el principio—desde Marzo pasado—Mr. Blondlot ha estudiado los rayos en cuestión observando su acción avisadora sobre el brillo de la chispa eléctrica. Dos meses después comprobó la existencia del mismo fenómeno en las llamas en general. Haced pasar por un orificio reducido la llama del gas, y se verá completamente azulada; dejad pasar por ella los rayos N, y la llama blanqueará y se hará mucho más luminosa. Para obtener buen resultado es conveniente utilizar una lente de cuarzo. Esta concentra los rayos N, como todos los rayos luminosos, y al hacerla variar de posición, entre la fuente de los rayos y la llama, se llega sin esfuerzo á descubrir el foco: se descubren numerosos focos, lo que prueba que hay muchas clases de rayos N. Luego los rayos N dan más intensidad al brillo de la llama en general; y puede admitirse que los focos luminosos se excitan mutuamente, desde el momento que emiten rayos de este género. Dos lámparas darán un poco más que el doble de luz que una sola. Ejercen también la misma influencia sobre la luz de un sólido incandescente. Por tanto, los rayos N no calientan. Mr. Blondlot se ha convencido de ello por medio de una pila termoelectrónica y del galvanómetro, y Mr. H. Rubens también. No tiene absolutamente nada de calórico. Finalmente, ejercen esta influencia sobre todos los cuerpos iluminados, es decir, sobre los que reciben la luz de otra fuente, así como sobre los que por sí mismos emiten luz. Por ejemplo, he aquí en un cuarto obscuro una franja de papel débilmente clareada por el haz de luz emitido por una llama pequeña. Dejad caer sobre la franja los rayos N, producidos por una lámpara Nernst, filtrados á través del aluminio: la franja se ilumina. Interceptad los rayos con la mano ó una placa de plomo, y la iluminación disminuye. O de otro modo: mantened el cuarto incompletamente obscuro, de modo que la luz difusa permita ver vagamente, por ejemplo, la esfera del reloj, y haced que caigan los rayos N de un ladrillo, de un pedazo de acero, de un cuerpo comprimido, sobre la esfera, y ésta aparecerá en seguida luminosa. De aquí la conclusión que, de noche, en una habitación casi á oscuras, pero que haya estado soleada antes, algunos objetos deben reforzar la luminosidad general.

Las observaciones hechas sobre esta acción de los rayos N han llevado á Mr. Blondlot á una comprobación curiosísima. La acción de los rayos es doble. Ejercen una acción sobre los objetos luminosos y sobre la emisión de la luz; y hay todavía una acción sobre el órgano que percibe las vibraciones luminosas, en el que aumente la facultad de percepción. Los rayos estimulan la producción y la sensación. Véase cómo Mr. Blondlot ha percibido esta segunda acción. Miraba él su franja de papel débilmente iluminada, sirviéndose de un ladrillo insolado como generador de rayos N para reforzar la luminosidad de la franja, cuando percibió que al volver la cara insolada del ladrillo, sólo activa, no hacia el papel, sino hacia sus ojos, éstos percibieron el papel más luminoso. Lo mismo le ocurrió cuando miró, en las mismas condiciones, á la esfera del reloj. «Por ejemplo, los postigos del laboratorio estaban casi cerrados y el reloj colocado en la pared, bastante debilitada de luz, para que á la distancia de cuatro metros se le entoviese justamente bajo la forma de una mancha gris sin contorno preciso; si el observador, sin cambiar de lugar, dirigía sobre sus ojos los rayos N emitidos por un ladrillo ó un guijarro, precisamente insolados, ve la esfera blanquearse, distingue perfectamente su contorno circular, pudiendo llegar á percibir hasta las mismas manillas, las que se obscurecen,

como la esfera, al suprimir los rayos N. Todo esto es extrañísimo, esta acción sobre el órgano visual, y no sería extraño ver á un ladrillo reforzar la visión del hombre.

De pasada indicaremos, ¿esta acción no podrá ser más intensa para los ojos de ciertas especies y de ciertos individuos? ¿Los rayos N tendrán algo que ver, es decir, para hacer ver, por ejemplo, á los animales nictálopes, el gato, las aves nocturnas?

Una cosa hay que anotar todavía. Los rayos N son capaces de almacenarse en un gran número de cuerpos, ya en un guijarro ó en ladrillo insolado, en la lente de cuarzo que sirve para concentrarlos, por ejemplo, en diferentes metales, en el agua del mar, pero no en el aluminio, en la madera ni en el papel.

No estamos sino en el comienzo todavía. Las fuentes luminosas, los cuerpos contractos, los cuerpos insolados, etc., producen los rayos N. Pero he aquí que según Mr. Charpentier, también de Nancy, los animales y el hombre los emiten igualmente. Los cuerpos de las bestias, las plantas y el hombre mismo, emiten los rayos N de una manera permanente. La demostración la da el hecho de que, aproximando el cuerpo á un cuerpo fosforescente, el brillo de éste se aviva. La temperatura parece que no entra en juego, porque las pantallas de aluminio, de cartón, etc., no impiden la producción del fenómeno.

Los rayos N no parece, sin embargo, que son emitidos con la misma intensidad por todos los puntos del cuerpo. Parecen acusar más vigor ó ser más numerosos cerca de los músculos y de los nervios, y más cuando se hallan activos. Además, los rayos N del organismo parecen presentar todos los caracteres de los emitidos por el sol y las demás fuentes de ellos: reflejan, refractan, concentran, etc. Es posible, quizá, que haya alguna complejidad en esos rayos, según sea su origen; pues los rayos N parece que los hay de muchas categorías. Los rayos N, emitidos por los nervios, en parte, son detenidos por el aluminio bajo una placa de medio milímetro de espesor; los que proceden de los músculos, el corazón y el diafragma, puede decirse que no son rechazados por ese metal. Existe, pues, una diferencia entre las radiaciones musculares y nerviosas; y á los rayos N, existentes en los dos casos, se unen, en el caso del cerebro y de los nervios, radiaciones especiales, características, que no pueden atravesar el aluminio.

Hay otra diferencia: comprimid un poco un nervio y la radiación aumenta, lo que no ocurre cuando se trata de un músculo. En fin, la radiación nerviosa obra más energicamente que la de los demás tejidos sobre el sulfuro fosforescente.

Para percibir la influencia de los rayos emitidos por los músculos y los nervios, es preciso colocarse muy cerca de ellos, porque las fulguraciones no se extienden mucho; pero de todos modos se tiene, quizá, en los hechos indicados por Mr. Charpentier, el germen de un método nuevo para el estudio de la actividad orgánica, para la exploración clínica de los órganos, y, sobre todo, de la actividad nerviosa. En fisiología y en patología los rayos N pueden jugar un papel importantísimo. Así son más activos, evidentemente, durante la actividad de los órganos; el centro cerebral del lenguaje (tercera circunvolucion frontal izquierda, según Broca), aviva más el reactivo, haciéndolo brillar más, mientras el sujeto habla. Pueden servirnos también para suministrarnos un signo cierto de la muerte. Cualquiera cosa que sea, esperemos. Los resultados de las experiencias que se realizan nos lo dirán. Los físicos trabajan sobre ellos y los fisiólogos también. Mr. D'Arsonval ha comprobado ya los principales hechos anunciados por Mr. Charpentier, y otros hombres de ciencia siguen el ejemplo.

Lo que más importa, sin embargo, es menos comprobar los resultados anunciados que descubrir un método instrumental, impersonal y cuantitativo de los rayos N, que proceden del sol, de una rana, de una flor, de un cuerpo humano ó de un ladrillo cualquiera. No es posible contentarse con el método actual. Es incierto y exige demasiada preparación: permite, además, á buen número de personas declarar que no hay nada de eso, pues ellas no ven tanto aumento de brillo en las fuentes luminosas, bajo la influencia de los rayos N, que es muy débil. Hay, pues, una gran laguna que llenar.

La placa fotográfica no revela nada hasta ahora, y no hay ningún medio todavía para manifestar los rayos N y ofrecerlos, fuera de los procedimientos físicos ó químicos, como los medios que han servido para manifestar los rayos de Becquerel, la radio-actividad, etc. Se busca, sin embargo, y es de creer que se encontrará pronto. Entonces se podrá entrar con paso más seguro en un dominio nuevo, interesantísimo desde el punto de vista científico y práctico también.

La física, decididamente, señálase de una manera sorprendente desde el comienzo de este vigésimo siglo. ¿Será éste el siglo de la física, como el siglo XIX lo fué de la biología? Es posible. De todos modos, los físicos franceses tendrán en él un buen y honroso puesto (1).

*Enrique de Varigny.*

(De *Le Temps*.)

---

## La confesión de Don Juan.

---

«...Si, prorrumpió Anselmo, es una historia extraña, y me sorprende que ningún viajero la haya recogido. Inútilmente la he buscado en las colecciones más olvidadas, en los relatos menos frecuentes. Seguramente la ignoráis vosotros. Voy, pues, á contárosla, al mismo tiempo que os cuento las circunstancias en que me fué referida.



Hace más de veinte años, terminé mis estudios y quise completarlos viajando. Después de visitar Italia y Sicilia, me embarqué para Grecia y comencé mi peregrinación en la tierra de Helade, con el espíritu dispuesto como el del joven Anacarsis, espíritu que he perdido después. Permanecí algunos meses en Atenas con un amigo que me leía á Homerc, luego partimos por el profundo valle, donde se sentaba en otro tiempo la gran Lacedemonia, porque queríamos errar por las riberas del Eurotas, y por las verdes cañadas, evocando el recuerdo del cisne y el de la virgen divina.

Un día, aproximándonos á Magula, esa pobre aldea que se extiende precisamente en el sitio donde estuvo la terrible Sparta, nos detuvimos cerca de una casa blanca, colocada junto á una ermita edificada al pie del camino. Sobre el umbral de ella, fuimos recibidos por un ermitaño de aire venerable, que salió al ruido de nuestros pasos y que nos ofreció hospitalidad. Aceptamos, y después de tomar un refrigerio modestísimo, interrogamos al anciano. Vivía, según nos dijo, desde hacia bastantes años, en esa llanura, dominada por el Taigeto, y permanecía solitario, guardando una venerada tumba, existente en la cripta de la vecina capilla, á la que nos llevaría si descábamos verla. Aceptamos y el ermitaño tomó una tea de resina y le seguimos. Entramos en la iglesia, y después nuestro guía abrió una puerta que estaba detrás del altar y descendimos por una escalera desgastada y húmeda, que terminaba en una cueva. La habitación era bastante grande, pero baja; las paredes y las columnas estaban revestidas de un estuco brillante, que hacía chispear la luz de las lámparas que se balanceaban en la bóveda. En el centro se destacaba el sepulcro, completamente de mármol, monumental y soberbio. Se componía de un sarcófago rectangular, sobre cuya tapa estaba esculpido un anciano de barba larga, cuya cabeza sostenía una mujer inclinada sobre la tumba. El rostro del anciano era tranquilo y apacible, con sus ojos vacíos parecía contemplar asombrado la figura que se incli-

(1) No he dicho por qué Mr. Blondlot ha dado á los rayos descubiertos por él el nombre de N. N los ha llamado para recordar que el descubrimiento lo ha hecho en Nancy y Nancy es también donde Mr. Charpentier ha hecho sus observaciones.

naba sobre él. La cara de la guardiana estaba velada, pero bajo el velo se adivinaba una extraña, soberana y maravillosa belleza. Se comprendía que el prodigioso artista desconocido cuyo cincel había hecho revivir lo Desconocido, no se había atrevido á mostrar á los hombres el divino resplandor que él había revelado.

Sobre el mármol no había ninguna inscripción, únicamente estos versos de Eurípides que leyó mi compañero: «Muchas almas han sucumbido por mí en las riberas del Sca-mandro». Nos miramos los dos, y, sin duda, el ermitaño sorprendió en nuestras miradas nuestra inquieta curiosidad, porque alzó la antorcha y señalando con el dedo al yacente, nos dijo estas dos palabras que nos dejaron atontados de sorpresa: «Don Juan». Como permanecíamos aún mudos é inmóviles, dejó la tea, se sentó sobre un escabel al pie del sepulcro y habló:

«Hace tiempo, meses, años, siglos, ocupaba esta llanura un convento de monjes, colocado bajo la advocación de Santa Helena, reina, y se veneraba en él un pedazo de la verdadera cruz. El abad del monasterio era Hilarión, un hombre piadoso, sabio y caritativo, cuyas virtudes eran señaladísimas. He aquí lo que cuentan las crónicas de Hilarión. Tenía la costumbre de vagabundear por los ribazos y por el valle recogiendo las hierbas agrestes; con frecuencia permanecía ausente días y semanas enteras, dejando sus ovejas sin pastor, y se decía que estaba favorecido por visiones y revelaciones.

Una noche, una noche clara y de luna, cuando Hilarión regresaba al monasterio, tuvo en su camino un encuentro singular. Iba de prisa, jadeando para poder asistir al oficio nocturno, cuando, al doblar el camino que conducía al claustro, distinguió, echado sobre el suelo, un hombre vestido con la ropa parduzca de los peregrinos, teniendo todavía en la mano el bordón de viaje. Hilarión se aproximó, y como la luna daba de lleno sobre el que gemía, vió que era un viejo de espesa barba blanca. Le creyó muerto y se inclinó hacia él, pero al pasarle la mano por la frente, el viejo se irguió bruscamente y le dijo:

—¿Qué me quieres?

—Socorrete—respondió Hilarión—y conducirte á este monasterio, donde verás allá bajo la iglesia; encontrarás el consuelo, la paz, y si tú quieres, el olvido.

—Yo te ruego—suplicó el viejo—que me dejes morir donde me hallo; no me arranques de este suelo, que amo, para encadenarme, lejos de mi dicha y de mi sueño, bajo esas bóvedas que preveo y que no quiero conocer. Déjame; vengo de Occidente y quiero expirar aquí.

—Se hará tu desco—replicó Hilarión—; sin duda has hecho un voto y no es bueno que nadie se oponga á él; pero tú querrás decirme, puesto que la muerte se aproxima, quién eres y cuáles han sido tus faltas.

—¿Quién soy?—dijo el viejo con un movimiento de orgullo ó de asombro—. La fama ha llevado un día mi nombre, y quiero, cuando te lo diga, que no te asustes de él: me llamo don Juan.

—Te conozco, hijo mío—dijo sencillamente Hilarión—, y oíré tu confesión.

—¿Qué confesión puedo hacerte? Puesto que me conoces, que sabes mi vida, no aprenderás nada nuevo diciéndote mis aventuras, ni recordando á los que he amado y he dejado, ni á los que he desesperado.

—¿Podrás decirme si te arrepientes?—objetó Hilarión.

—No tengo de qué arrepentirme, yo no tengo sino sinsabores, y muy pronto tampoco los tendré, porque alcanzaré el queridísimo objeto que me pertenece.

—¿Qué objeto?

—¿Qué objeto, dices? Comprendo que es preciso que te lo diga todo; quizá entonces

me dejes morir tranquilo. Escúchame. Tú, como todos, has creído que únicamente el libertinaje ha sido mi guta, y que mis maestros fueron mis pasiones y mis sentidos. Nada de eso es cierto, pues soy el amante del sueño eterno y de la idea inmortal. Fué al principio de mi vida, cuando la aurora iluminaba mis días, cuando tuve la visión felicísima, la visión avasalladora que me ha conducido aquí para morir. Una mañana, cerca de la casa de mi padre, en un jardín de naranjos, bajo los árboles que iluminaban las doradas manzanas, vi, desnuda, imperiosa y dulce a la vez, una mujer que venía hacia mí. Su recuerdo vive todavía en mi memoria, su imagen llena mis ojos y mi corazón, y ella embalsamará eternamente mi cuerpo. Se comportaba como los cisnes, la gracia de su cuerpo y de sus blancos brazos parecía de los arroyos de plata. Rozando el suelo se aproximó a mí, y poniendo sobre mi frente sus dedos como flores, me dijo dulcemente: «Juan, yo soy Helena, mírame bien. Ahora búscame por el mundo, bajo el velo con que me disimularé para ti». Sentí la caricia de sus labios, desfallecí, y abrí los ojos; había desaparecido. Desde ese día, hermano, en todas las virgenes y en todas las mujeres he perseguido á la Helena perdida, la Helena que está esparcida entre todas, y que no puede encarnar. He tratado de hacer vivir a la inmortal, y jamás he podido, porque las más bellas y seductoras, aquellas que merecen la admiración de los hombres, no tienen sino una parte muy pequeña de la belleza de Helena: la divina inspiradora vive en ellas, las anima, adorna sus cuerpos, perfuma sus almas y ella es la que se adora en las imperfectas imágenes donde palpita un poco su esplendor.

He conocido á todas, y á todas las he querido; ellas me atrajeron y cautivaron por lo que tenían de su creadora, de la inmortal, que es la matriz de las bellezas, pero no me dejaron nada, porque no podían satisfacer la plenitud de mis deseos, de mis sueños y de mis ambiciones. Antes de reconocer que la viviente Helena no puede resucitar, he vagado por el mundo como el Judío Errante, he experimentado todos los amores, los más bajos, como los más sublimes, y he encontrado á todos iguales. Después, un día, rendido de fatiga, decaído y triste, cansado el cuerpo, y envejecida el alma, renuncié. He comprendido que mi persecución sería vana, y que más allá de la vida solamente encontraré lo que he entrevisto: la inmutable belleza. Entonces, mis pies, que se habían hundido tanto en el fango, tuvieron empeño en hollar el suelo que mis pies habían pisado; mis ojos desean conocer la tierra bienhechora que ha sido un día morada transitoria y cuyo recuerdo debe perfumar siempre. He querido venir á estos lugares donde ella nació y que guardan vivas su memoria y su imagen, á fin de que el murmullo del Eurotas, que ha visto la eterna amante, me duerma en un tranquilo sueño, y que mis párpados se cierren bajo el cielo que vió abrir los suyos, en una inolvidable mañana.»

Y diciendo esas palabras, don Juan inclinó la cabeza sobre el monje, y murió dulcemente. Hilarión lo tomó á sus espaldas, y así lo llevó al convento. Allí fué sepultado piadosamente, á causa de su devoción por Santa Helena, y algún tiempo después, un artista que pasó por allí, y á quien fué referida la historia, edificó á don Juan este mausoleo, sobre el cual inscribió lo que vais á leer, y cuyo sentido se me escapa:

«Muchas almas han sucumbido por mí sobre las riberas del Scamandro».

*Bernard Lazare.*



